EN-ILDARIA

COMEDIA DE

JACINTO GRAU



EN ILDARIA...


ARS IN VERITATE

.CINTO GRAU ¶ EN ILDARIA...

OMEDIA EN PROSA EN DOS CTOS

ESTRENADA EL DÍA 29 DE OCTUBRE DE 1917
EN EL TEATRO DE LA PRINCESA, DE MADRID

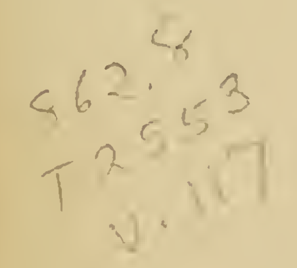
MINERVA, S. E.

MADRID MCMXVII

La acción en Ildaria. Un Estado que va siendo ya sólo una concreción moral, sin eficacia geográfica, porque todo él se desmaya en un sueño y envilecimiento progresivos. Dió al mundo obras maestras de un valor permanente, y vivió epopeyas heroicas. Fué una gran realidad histórica, y se ha ido convirtiendo en un país de lugar común, en un pueblo de cromo, imaginario y caprichoso.

Epoca actual.

Derecha e izquierda: la del actor.



PERSONAS DE LA COMEDIA

DILIA.—Veinticinco años. Muy guapa. Su ves tir, su accionar, toda su persona, es una lec ción viva de estética. Gobierna a la moda.

SONIA.—Mujer de Eprontas y hermana d Dilia. Treinta años. Una gran belleza mu cuidada. La gobierna la moda.

LETICIA.—Madre de ambas.

LA MARQUESA DE PLEMBIS.—Veintioch años. Gran porte. Gran tocado.

EPRONTAS. — Primer ministro de Ildari Treinta años.

CLINIAS.—Secretario particular de Epronta

DELMAS.

CONDE DE NILAS.

ARANDAS.

KALIARAS.

VELEDIS.
ONDARAS.
BILERAS.
ENEDAS
FALIEROS
ESAROS
SARDES } Ministros dimisionarios de Ildaria.
UN MÉDICO.
UN CRIADO.
MÚSICOS
PUEBLO } Invisibles.

Esta comedia fué estrenada con el siguiente reparto:

Dilia, Sra. Adamuz.—*Sonia*, Sra. Nestosa.—*Leticia*, señora Anaya.—*Marquesa de Plembis*, Srta. Álvarez de Burgos.—*Eprontas*, Sr. García Ortega.—*Delmas*, Sr. Mancha.—*Conde de Nilas*, Sr. La Riva.—*Arandas* y *Falieros*, Sr. Santiago.—*Kaliaras* y *Enedas*, Sr. Togedo.—*Clinias*, señor Adamuz.—*Veledis* y *Esaros*, Sr. Agustí.—*Ondaras* y *Sardes*, señor Alcaide.—*Bileras*, Sr. Domínguez.—*Un médico*, señor Laa.—*Un criado*, Sr. González.

ACTO PRIMERO

UNA rotonda irregular, especie de cuarto de fumar, de un interior lujoso. A cada lado, puerta espaciosa, tapada por amplia cortina caída. Mesillas livianas y caprichosas, con ceniceros y cajas de cigarrillos. Grandes divanes. Asientos, diversos y cómodos, de mimbre. En el fondo, otra puerta ancha, sin cortina, por la que se ve un salón, de gusto severo.

ESCENA PRIMERA

SALE SONIA por la puerta izquierda, deslumbrante, ostentosamente ataviada; cruza, rápida, la rotonda, y va hacia la puerta derecha. Al ir a entrar, DILIA, que ha asomado por la sala del fondo, llega bajo el dintel de la puerta del centro, y llama.

DILIA

Sonia.

SONIA

¿Qué?

DILIA

También muy vestida, pero con gran sencillez, entra en la rotonda, yendo junto a su hermana.

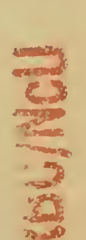
¿Dónde vas?

SONIA

Al tocador.

DILIA

¿Más retoque aún?



SONIA

Una ligera mano. ¡Nunca estorba! Me falta más crema cereza en las orejas, y reondular el peinado.

Volviendo la cabeza.

¿Ves?

DILIA

Sí, veo, veo. He hablado con tu marido antes de irse a la Cámara. Me ha dicho que esperabas mucha gente luego.

SONIA

Sí, mucha.

DILIA

No hay que preguntarte si recibes. Estás en traje.

SONIA

Lo estreno. Último modelo. Creación para mí. ¿Te gusta?

DILIA

Entornando los ojos y dando unos pasos atrás para examinar el vestido.

Sí... Está bien... pero me gustaría más soltura, más simplicidad...

SONIA

¿Más simplicidad? ¡Pero si está todo sencillísimo!

DILIA

Se ve demasiado que te has puesto de veinticinco mil alfileres...

SONIA

¡Que se ve demasiado!... Serás tú la
ue...

DILIA

Impaciente, sin dejarla acabar.

¡No discutamos eso, por Dios!

SONIA

Sí, no lo discutamos. Hoy es un día
ítico. Estoy inquieta, preocupada...

DILIA

Por el vestido...

SONIA

¡Qué graciosa!

DILIA

Entonces, la política...

SONIA

Estoy inquieta por la situación de Eprontas. La política me tiene sin cuidado.

DILIA

Cuando no te da nada.

SONIA

Si no sirve para dar cosas, ¿para qué sirve la política?

DILIA

A veces, en lugar de dar, quita.

SONIA

Culpa de los que la manejan mal.

DILIA

Tienes un triste concepto del oficio e tu marido. Lo he visto con pena esde que estoy con vosotros.

SONIA

Nunca se tomó aquí por oficio serio política. Fué siempre un juego, en el ie se debe ganar algo de provecho rsonal.

DILIA

Lo peor es que casi todos creen en laria lo que tú.

SONIA

Todos, menos mi marido y unos cuantos soñadores cándidos, que toman en serio la cosa pública. Y esa es mi pena. Si Eprontas fuese como los demás, nuestra vida, tranquila, sería tan feliz...

DILIA

La tuya, no digo. La de él...

SONIA

Un poco nerviosa.

La de él debe consistir en hacer di chosa la mía.

Vase por la puerta derech

DILIA

La ve irse, y hace un moh desdeñoso. Luego siéntase

un sillón de mimbre, junto a una mesilla, saca un cigarrillo egipcio de una de las cajitas, lo enciende, y dice para sí:

Será igual hasta que se muera... Genio y figura...

ESCENA II

DILIA y CLINIAS, que aparece también por la sala del fondo. Lleva unos papeles en la mano, entra presuroso en la rotonda, y se detiene al ver a la hermana de SONIA recostada en el sillón y echando humo.

CLINIAS

Buenas tardes, señorita Dilia.

DILIA

Tendiéndole la mano, sin cambiar de postura.

Hola, Clinias.

CLINIAS

¿Sabe usted dónde está...?

DILIA

¿Sonia? Acabo de verla. Ha entrado en sus habitaciones. Si quería usted algo de ella, espere usted, porque se está retocando. Tarea seria.

CLINIAS

Deseaba darle cuenta de varios encargos.

DILIA

¡Por variar! Le da a usted más que hacer Sonia que su marido.

CLINIAS

Los dos, señorita, los dos. Usted, en cambio, nunca me encarga nada.

DILIA

Menos trabajo para usted.

CLINIAS

Nunca me detuvo a mí el temor al trabajo.

DILIA

¡Es usted un chico aprovechado!

CLINIAS

¡Y sin suerte! Dos años de secretario particular, y de ahí no paso. Debo de ser un marmolillo.

DILIA

Es usted severo consigo mismo.

CLINIAS

Me rindo a la evidencia. Soy el único

caso de un secretario particular del primer ministro de Ildaria, que no pasa de secretario.

DILIA

Mi cuñado es un ministro excepcional. Quizás sea culpa suya, y no de usted, ese estancamiento en la carrera del señor Clinias.

CLINIAS

¿Se está usted riendo de mí?

DILIA

Tirando el pitillo en el cenicero.

Pudiera ser.

CLINIAS

Es, es. Tengo desgracia en todo.

DILIA

Mal instante escoge usted para lamentarse. Por mucho interés que merezca el porvenir de usted, hoy es un día trascendental en Ildaria.

CLINIAS

¿Cuándo he interesado yo a nadie?

DILIA

¿Sabe usted algo de nuevo?

CLINIAS

No hay tiempo.

DILIA

Desde los balcones del despacho vi muchos corrillos y guardias en la plaza.

CLINIAS

¡Hay mar de fondo! Las puertas de la Cámara alta, están vigiladas militarmente. Las de la Cámara popular, lo mismo. El señor Eprontas no sabe gobernar sin grandes emociones. Es un enemigo de la tranquilidad pública. ¿No le parece a usted?

DILIA

No, señor; no me lo parece.

CLINIAS

¡Nunca es usted de mi opinión!

DILIA

¡Es claro!

CLINIAS

Lo lamento mucho, señorita Dilia. Desde que usted se presentó aquí, yo he sido otro hombre sin darme cuenta.

DILIA

Usted no se da cuenta de nada hasta muy tarde. En un secretario particular, es grave falta.

CLINIAS

¡Con qué desdén me trata usted siempre! Quizás por lo mucho que yo la admiro a usted. Educada en otras tierras, ¡qué diferente a las mujeres de aquí! ¡Tan resuelta! ¡Tan hermosa!

DILIA

Amigo Clinias, no podemos hablar

dos minutos sin que yo me aburra espantosamente.

CLINIAS

Ya veo que no es usted amiga de hombres de condición humilde. Es usted orgullosa.

DILIA

No hay hombres de condición humilde, amigo Clinias.

CLINIAS

Ah, ¿no? Pues ¿qué soy yo entonces?

DILIA

Poniéndose en pie.

No hay más que dos clases de hombres. Los corrientes y vulgares, que

abruman como un gran rebaño estúpido, y los hombres un poco dignos de tal nombre... Adiós, Clinias.

Vase, rápida, por la izquierda, dejando a Clinias boquiabierto, con los papeles en la mano.

CLINIAS

¡Cuidado con la niña! ¡Es demasiado niña! ¡Y el caso es que ya no es tan niña!

ESCENA III

CLINIAS y LETICIA, que llega por el salón del fondo.

LETICIA

Sombrero puesto, manguito, pieles. Gran presencia. Viene de la calle.

Sonia... Sonia.

CLINIAS

Buenas tardes, señora Leticia.

LETICIA

¿Qué tal, Clinias? No reparé en usted. ¿Y mi hija Sonia?

CLINIAS

Retocándose.

LETICIA

¿Cómo?

CLINIAS

Que se está retocando en sus habitaciones, según acaba de decirme la señorita Dilia.

LETICIA

¡Buena está la señorita Dilia! Desde

anoche no la he visto. Cuando yo dormía aún, salió muy temprano esta mañana de casa para venir aquí. ¡Costumbres de allá!

Dirígese a la puerta derecha, y llama, alzando un poco el portier con la enguantada mano.

Sonia... Sonia.

ESCENA IV

Los mismos y SONIA, que sale al instante.

SONIA

Mamá...

Abraza a su madre con cierta precaución para no ajarse. Besos.

LETICIA

¡Qué perfumada vas!

SONIA

Llevándose, con tiento, dos dedos al rostro, que se palpa ligeramente.

¡Pero, mamá...! ¡Aprende a besar!

LETICIA

Hija, no creí que eso se aprendía.

SONIA

¡Pues sí, se aprende! Con los labios húmedos no se besa nunca a las señoras vestidas. Dejan señal en la cara. Por lo demás, en visita debían suprimirse los besos en absoluto, hasta para las madres.

LETICIA

Pero, mujer...

SONIA

¡Para eso me he estado yo dos horas diluyendo el crema cereza y el naranja primaveral a la glicerina benjuí!... ¿Ves? Debo de tener ya una plasta en la meilla!

LETICIA

Te la tapas, y en paz.

SONIA

¡Eso es! ¡Un pegote! Hay que difuminar con arte el color para que resulte bien. Quitando a unas cuantas, en Ildaia no saben pintarse.

A Clinias.

Me alegro ver a usted. ¡Ya era hora!

CLINIAS

Llevo esperándola aquí un buen rato.

SONIA

Con tu permiso, mamá. Vamos a ver, Clinias...

CLINIAS

Todo resuelto.

SONIA

¿Mi marido...?

CLINIAS

Esté usted tranquila. No se enterará nunca de esas pequeñeces...

SONIA

De modo, ¿que todo ya hecho?

CLINIAS

Y rematado. Concedidas las dos cru-

ces de San Hildebrando a los señores Vorlandas y Balias, y el Aguila de Ildaria para Rondaras.

LETICIA

¡A Rondaras el Aguila de Ildaria! Una condecoración casi real!

SONIA

Y ¿qué? Tengo con Rondaras especiales motivos de gratitud.

LETICIA

Pero ¡qué dirá la gente! ¡A un chanhullero! ¡A un hombre complicado en egocios sucios... con una atmósfera de stafas!

SONIA

En Ildaria casi todos tienen mucho ue callar.

LETICIA

Tu marido no firmará nunca ese decreto.

SONIA

¡Claro que no! Pero lo firmará su sucesor.

LETICIA

¿Cómo su sucesor?

SONIA

A mi marido lo derribarán, gracias a su terquedad inconcebible. Estoy pactando yo sola, con su sucesor futuro. Diga usted, Clinias...

CLINIAS

Digo yo, señora.

SONIA

¿Qué cantidad?

CLINIAS

La que usted deseaba.

SONIA

¿No podrá saberse...?

CLINIAS

Ni probarse nada. Mire usted.

Mostrando unos papeles.

a compañía concesionaria... Se trata e varios millones. Negocio hecho.

LETICIA

Hija, ¿no tienes otros momentos...?

SONIA

Tengo, tengo otros momentos. Luego hablaremos, Clinias.

CLINIAS

Cuando usted guste. Usted me manda. Hasta luego.

SONIA

¿No sale usted, verdad?

CLINIAS

No, señora. Están ahí los mecanógrafos. Quedan todavía un montón de cartas urgentísimas, y de asuntos por despachar.

SONIA

Bueno, bueno. Comerá usted con nosotros. Hasta luego.

CLINIAS

Yéndose.

Hasta luego.

ESCENA V

SONIA y LETICIA

LETICIA

Dejándose caer en una amplia butaca.

¡Tengo miedo! ¡Para venir aquí ha te-
ıido que dar un largo rodeo el auto!
Tengo miedo! ¡Se ve una gente en las
alles! Están enarenando la plaza.

SONIA

¡Él tiene la culpa de todo! Sabe es-
alar las posiciones y no sabe sostener-
e en ellas.

LETICIA

¿Y tu influencia en él...?

SONIA

No tengo tiempo de emplearla. La vida de Eprontas es cada vez más agitada. Está conmigo pocos momentos.

LETICIA

Pues todo el mundo cree en Ildaria que eres tú la que gobiernas.

SONIA

Si yo gobernara, haría todo lo contrario de lo que él hace. No me crearía odios. En asuntos de Estado, no hay más voluntad que la suya.

LETICIA

Calándose los impertinentes para contemplar a su hija.

¡Un año sólo de casada! Todavía queda un rescoldo de luna.

SONIA

Una luna entera, si estuvise con él más tiempo.

LETICIA

¡Estás magnífica, soberbia! ¡En pleno mediodía de tu vida! ¡Qué no conseguirás tú, si te lo propones!

SONIA

¡Consigo de todos menos de mi marido! Una mirada, una sonrisa mía, una palabra amable, me rinden una volun-

tad. ¡Todos los hombres de Ildaria son frágiles para una mujer como yo!

LETICIA

¡Los hombres de todas partes, hija!

SONIA

Lo único que me consuela de la caída de mi marido, es que estará más tiempo conmigo y volveré a recuperar mi imperio.

LETICIA

Desde que es poder, es menos familiar.

SONIA

Nada familiar. ¡Está en héroe! ¡Es horrible! En lugar de engrandecerse él, se ha propuesto en serio transformar el

país. ¡Tomar algo en serio en Ildaria, es el colmo de la locura!

LETICIA

Sí, hija, sí. Está cargantísimo tu marido... pero tú...

SONIA

Yo he hecho mi política. Y no me ha ido mal. ¡Lo que él no ha aprovechado, lo aprovecho yo...!

LETICIA

Un poco sobresaltada.

¿Oyes...? Un ruido así, como de voces...

SONIA

¡Calla!... Sí... Me pareció oír... pero ya no.

Pausa. Ambas escuchan.

No, no se oye nada.

LETICIA

¡Tengo miedo!

SONIA

Yo no. Están todas las precauciones tomadas. El orden público, garantizado.

LETICIA

Pero un motín...

SONIA

Será reprimido en seguida. Lo que me parece inevitable, es la caída de Eprontas.

LETICIA

Una caída temporal. Ya volverá a subir.

SONIA

Naturalmente... Y más mío que ahora. Estos seis meses de poder me han enseñado mucho. Mi marido es una fortaleza que debo sitiar mejor. Todo se andará.

LETICIA

¿Y Dilia?

SONIA

Por aquí estaba... No sé ahora.

LETICIA

Llámala.

SONIA

¿Para qué? ¡Me carga mi hermana! Somos muy distintas.

LETICIA

¡Mucho! Hechura de su padre. Una excéntrica. La he dejado como cosa perdida.

SONIA

Y yo. Me desprecia. La desprecio... y nos quedamos iguales.

LETICIA

No creas... Ella es toda de su padre. Con él ha vivido en Norte-América, y con él volverá pronto... A mí también me desprecia.

SONIA

Dilia desprecia todo lo que no sea ella.

LETICIA

Desde anoche no la he visto. Una verdadera emancipación. ¡Las costumbres de allá!

SONIA

Que nunca serán las de acá, afortunadamente. Nosotras somos ildarienses.

LETICIA

¡Y a mucha honra!

ESCENA VI

Las mismas y DILIA, por la puerta izquierda. Después, CRIADO.

DILIA

Hola, mamá. Acaban de decirme que stás aquí.

LETICIA

¡Por fin, hija! ¡Son las cinco de la tarde! ¡La primera vez que te veo hoy! Saliste tan temprano, que...

DILIA

Vine aquí, y aquí estoy.

LETICIA

La casa de tu madre es para ti una posada.

DILIA

Toda la vida es caravana, y todas las casas posadas interinas.

SONIA

¡Muy bonito! ¡Que se esculpa esa frase!

DILIA

Burlona

Te gusta, ¿eh?

SONIA

Tanto como a ti estar con nosotros. a casa de un primer ministro!

DILIA

¡Y de una primera ministra! ¡Qué onra para la familia! Sólo que yo vengo aquí, olvidando tanta grandeza, porue hay muchos más libros y periódicos ue en casa de mamá.

LETICIA

Me parecen muy mal, Dilia, esas stumbres tuyas. Tampoco me gusta e salir como un hombre a todas ho-

ras de casa, ese gobernarte sola a ti
misma.

DILIA

¡Es mi mayor dicha! ¡Gobernarm
bien! ¡Mandar en mí misma!

LETICIA

Todo el mundo comenta tus acto
tus ademanes, tus licencias.

DILIA

Soy libre y mayor de edad. Teng
veinticinco años.

SONIA

Si fuera yo, de mamá, te aseguro q
vivirías a mi gusto.

DILIA

Entonces viviría a gusto de los de-
nás.

SONIA

¿Cómo? ¿Qué?

DILIA

Tú no tienes idea de lo que es una ida personal. Vives de los otros. De ı marido ahora. Antes de papá. De ser hija de un hombre cuyas extrava- ıncias no le han impedido crear una ran fortuna. Tus rebeldías son las del ılgo. Vas siempre a remolque. Todo orgullo se cifra en parecer bien a los ás. ¡Todo reflejo! ¡Tú, por ti misma, quieres ser nada! ¡Son muy pobres s ambiciones! Te crees fuerte, y eres

una mujer débil, a la que anularán las primeras arrugas hondas, los primeros ultrajes graves del tiempo. Detrás de ti, no hay nada.

LETICIA

¡Qué Dilia ésta, Señor, qué Dilia ésta!

SONIA

Y en ti, ¿qué hay? ¿Qué supones por ti misma?

DILIA

Una voluntad y un deseo, míos, completamente míos, más fuertes que la juventud y que los años, y un objetivo de vida que no está en los otros, sino en mí misma.

LETICIA

¡Es lamentable ese constante porfía entre hermanas!

CRIADO

Por la sala del fondo.

La señora Condesa de Novales, la señora Marquesa de Plembis.

SONIA

Que voy en seguida.

Vase el CRIADO.

¡Alguna vez había de ser oportuna la gente!

DILIA

Una gente que esperabas.

SONIA

Que esperábamos. Han llegado a pun-
o de cortar una charla enojosa. Traerán
oticias de la calle. ¡Tengo una curiosi-
ad! ¿Venís?

LETICIA

Yo iré en seguida.

DILIA

Yo me quedó aquí, aguardando a mis contertulios de siempre. Envíame a Delmas y Arandas, cuando lleguen.

SONIA

A mí me gustará mucho agradar; pero, tu, siempre entre hombres.

DILIA

Entre ciertos y particulares hombres En cambio tú, sin distinción, los prefieres en general.

SONIA

Lo malo es preferirlos en particular

DILIA

Si crees que me molestas con eso...

LETICIA

¿Otra vez disputa?

SONIA

Bueno. No discutamos más.

DILIA

Mejor será.

LETICIA

Sí, mejor será.

SONIA

A su hermana.

Ahí te quedas. Tú eres demasiado uperior para hablar con las mujeres de

Ildaria... ¡Todas tontas menos tú!... ¡Y la mayoría de los hombres también!... ¡Sólo unos pocos... exquisitos y escogidos!... Te mandaré a tus amigos cuando lleguen. Abur. Te espero, mamá.

LETICIA

Al momento voy...

SONIA

No tardes.

Vase corriendo.

ESCENA VII

DILIA y LETICIA

DILIA

¡Qué raro que no vayas con ella!

LETICIA

Quiero hablarte, reñirte.

DILIA

¿No tienes mejor ocasión que ésta?

LETICIA

¿Te veo yo, acaso, durante el día?

DILIA

Me ves por la noche.

LETICIA

¡Cuando te veo!

DILIA

Bueno. Di lo que gustes.

LETICIA

Me parece mal tu diaria venida aquí, desde la mañana hasta la noche. Vives conmigo, no con ellos.

DILIA

¿Y qué? ¡Grande es la casa! ¡A nadie estorbo!

LETICIA

Que no debes pasarte aquí la vida, sobre todo no llevándote bien con tu hermana, que es el ama indiscutible de su hogar.

DILIA

¡Ah!... ¡Vamos! Te ha encargado mi hermana que...

LETICIA

¡No me ha encargado nada! ¡Hablo por mi cuenta!

DILIA

Abrazando a su madre.

Es raro, porque pocas veces hablas por tu cuenta, mamaíta.

LETICIA

Desprendiéndose suavemente del abrazo.

¡Qué irrespetuosa eres! ¡Toda a tu padre! ¡Un hombre irresistible!

DILIA

¡Para ti! ¡Yo le adoro, y me llevo con él a las mil maravillas!

LETICIA

¿Para qué lo has dejado entonces?

DILIA

Para verte después de tantos años, y para conocer a mi hermano político. Un corto viaje de recreo; pero me voy pronto. Huelgan tus advertencias.

LETICIA

¡No hija, no!... ¡Si yo no quiero que te vayas! ¡Te equivocas! ¡Te quiero en mi casa, conmigo!

DILIA

Ya te he visto. Me vuelvo con papá.

LETICIA

¡Dichoso papá!

DILIA

Lo mismo dice él de ti: ¡dichosa mamá!

LETICIA

Él habla mal de todo el mundo.

DILIA

Yo no se lo noto ¡Para mí es un pa-

dre ideal! Lo poco que sé y valgo, se lo debo a él. Me ha educado sin un grito, sin un desplante, sin hacerme derramar una lágrima.

LETICIA

Te ha hecho un ser caprichoso, excéntrico...

DILIA

Aquí se llama capricho, excentricidad, a todo lo que sea independencia.

LETICIA

Conviene no llamar la atención de las gentes, alterando costumbres. Donde fueres, haz lo que vieres.

DILIA

Por eso me marcho otra vez a Nueva York, donde paso inadvertida. Cuestión

de clima. No puedes figurarte lo que me molesta llamar la atención de la gente. Decididamente, me largo.

LETICIA

Besándola y abrazándola a su vez.

¡Pero no tan pronto! ¡Yo te quiero mucho, hija mía!

DILIA

Acariciándola mimosa.

¡No seas tonta, mamá! Yo también te quiero mucho... pero tú tienes aquí tu mundo, y yo el mío en otra parte...

LETICIA

Pero, hija... hija...

DILIA

Sí, en otra parte lejana, muy lejana...

ESCENA VIII

Las mismas y ARANDAS por el fondo.

ARANDAS

Entrando en la rotonda.

Buenas tardes, Dilia.

A Leticia.

Señora.

Reverencia ponderadísima.

DILIA

Separándose unos pasos de su madre.

Querido Arandas...

LETICIA

Hola, Arandas.

Ambas le tienden la mano.

ARANDAS

Besando la mano de Leticia, y la de Dilia luego.

Siento haber interrumpido una efusión de familia...

LETICIA

¡Oh!, no.

DILIA

No ha interrumpido usted nada. Mamá y yo tenemos, a Dios gracias, mucho tiempo por delante para decirnos lo que deseemos.

LETICIA

¿Ha visto usted a Sonia?

ARANDAS

Acabo de saludarla. ¡Creí que no llegaba nunca! No había coches en el círculo, y he venido en uno de punto.

DILIA

¿Mucha gente en las calles?

LETICIA

Ansiosa.

¿Pasa algo?

ARANDAS

Como pasar, no pasa nada todavía... ero hay una de grupos, de gente, de olicía... Las tiendas a medio cerrar.

LETICIA

¡Jesús, qué dichosa política! ¡Qué dilosa Ildaria!

ARANDAS

¡Señora, si aquí nunca sucede nada! laria es un lago tranquilo. Un motín da veinte años, ¿qué es? Unas cuantas reras y sustos en las calles, y se aca-. Al día siguiente, números de prensa

extraordinarios, cuatro o cinco periód
cos denunciados, y después, la paz d
siempre.

LETICIA

¡Ese Eprontas! ¡Ese yerno mío, ta
inquieto, tan radical! ¡Quién le mete
él a cambiar nada! ¡Tan hermosa qu
es la paz! ¡Una paz inalterable!

DILIA

Una paz inalterable, mamá, es
muerte...

LETICIA

No es eso, hija. Todo lo desquicia
¿Hay mucha gente en la casa, Aranda

ARANDAS

Mucha. He visto a la de Plembis, ve

ida, mejor dicho, desnuda ¡con un atrevimiento! Deja adivinar todo lo adivinable. Muy *chic*. Han venido también la Duquesa de Ucambas, la de Brindoros, con sus tres hijas, que están matadoras, y la Condesa de Nilas.

LETICIA

¡Qué valientes son! Con el permiso de ustedes, voy allá. ¿No me acompañan?

DILIA

Yo prefiro mi rotonda. Aquí, en *petit comité*, con los íntimos. Mándame a Bileras, si viene.

LETICIA

Yéndose por la sala del fondo.

Sí, hija, sí. Te mandaré a Bileras y a todos los que gustes.

Desaparece.

ESCENA IX

DILIA y ARANDAS

DILIA

Siéntese, Arandas.

ARANDAS

Si usted me lo permite, prefiero es tar de pie.

DILIA

Como usted quiera.

Échase con abandono en u sillón, cruzando las piernas reclinando la cabeza en el re paldo sobre ambas manos.

¿Pinta usted mucho?

ARANDAS

Regular. No me dejan tiempo... L

amigos, las diversiones, las citas, las visitas... ¡Es un problema!... ¡Hay que vivir!

DILIA

Y que navegar... ¿Qué tal ese retrato de Sonia?

ARANDAS

Muy adelantado. Vaya usted a verlo al estudio.

DILIA

Sí; iré, iré... ¿Y el cuadro?

ARANDAS

¿Cuál?

DILIA

El de las Vírgenes brujas.

ARANDAS

No he pintado nada desde que usted lo vió.

DILIA

¡Qué atrocidad! ¡Qué indolencia!

ARANDAS

Hay que vivir, Dilia; hay que vivir.

DILIA

Pero, diga usted: pintar, ¿no es vivir también para usted, Arandas?

ARANDAS

Sí, señora; pero me solicitan. Hay que cultivar el mercado... cierta gente aristocrática...

DILIA

¡No sea usted tonto! En general, la
ristocracia ildariense es frívola. Las ra-
as veces que acoge bien a un artista,
s por pura vanidad. Al final, son uste-
es tratados como un *tití*, o como un
aballo de raza o un perro. Se mima,
e exhibe, y se traspasa luego, olvidán-
olo pronto.

ARANDAS

Verá usted, Dilia...

DILIA

¡Ya he visto, ya! Todo es blando aho-
ı en Ildaria, Arandas. Todo es blando
ı este país de hombres duros, que dió
bras tan exaltadas.

ARANDAS

Yo, yo...

DILIA

Hasta los artistas, como usted, de talento, de genio, todo se estanca en Ildaria... ¡Es una pena! Emigre usted.

ARANDAS

Cuestión de sensación... También se trabaja viviendo... ¿Ve usted, Dilia? Ahora, en esa postura que ha adoptado, con el oro vivo de sus cabellos, así, encogida, como un felino, para el salto... con ese aire de panterita audaz, unido a ese gesto inefable de mujer moderna, medio inglesa, medio norteamericana .. en ese traje impecable y simple... ¡qué cuadro!... Todo el oscu-

ro, silencioso, del vestido amplio, que se ciñe; el acentuado blanco mate de la cara; el misterio de los ojos profundos, acerados, luminosos... ¿Quiere usted un pitillo turco?

Mostrándole una petaca diminuta.

DILIA

No. Gracias. Pinte usted, en lugar de hablar. Todo eso, son palabras.

ARANDAS

Tomando un cigarrillo de la petaca, y encendiéndolo.

Palabras, no. Admiración.

DILIA

Ineficaz.

ARANDAS

En mis treinta años de vida, no me

he enamorado nunca, y usted es un peligro muy serio. El primer peligro de veras que he encontrado.

Acercándosele.

DILIA

Levantándose brusca.

Pues, tranquilícese, porque usted, en cambio, es para mí todo lo contrario del peligro.

ARANDAS

Suplicante.

¡Dilia!

DILIA

¡Un gran artista flojo!

ARANDAS

¡Flojo!

DILIA

Sí, señor; flojo.

ARANDAS

La voluntad y la inteligencia no van siempre juntas.

DILIA

La inteligencia no es el genio. La obra de usted no pasará nunca de una orgía de color, de la opulencia fastuosa de un muro iluminado. Es poco.

ARANDAS

¡Poco, un muro pintado al fresco! ¡Poco, una orgía de color!

DILIA

¡Poco, sí, poco! Yo prefiero algo más fuerte, más hondo, más sangrante... Goya, el español, por ejemplo... Ese hombre terco, tan mal entendido, aun

en su país, y en Ildaria... Yo admiro los grandes reflejadores del mundo diverso, los grandes burlones, satíricos, por exceso de amor insatisfecho, y, sobre todo, los que han deformado, alterado, sacudido, intensificado la vida... Esa vida que tiende a la inercia, al sueño...

ARANDAS

La palabra de usted, Dilia, es para mí algo mareante, como esos vinos seculares que brillan como un sol pálido en el vaso y trastornan sólo de olerlos.

DILIA

Va usted mal, Arandas, mal. Conmigo perderá usted el tiempo, y pierde usted ya bastante sin mí todos los días.

ESCENA X

Los mismos y DELMAS y KALIARAS, que llegan por el salón del fondo. Rapidísimo todo el principio de la escena.

KALIARAS

Saludos.

DELMAS

¡Divina Dilia! ¿Qué tal, Arandas?

ARANDAS

¡Hola, Delmas! ¿Cómo va, Kaliaras?

Dándose las manos.

KALIARAS

Como siempre.

DILIA

¡Gran Delmas! Señor de Kaliaras, dramaturgo insigne....

KALIARAS

No me ponga usted motes, por favor.

DELMAS

Dando una palmada en el hombro de ARANDAS.

¿Qué hay, pintorazo?

A DILIA.

¿Ha visto usted el retrato de su hermana?

DILIA

Aun no.

ARANDAS

No va al estudio ahora, desgraciadamente.

KALIARAS

De lo bueno, poco.

DELMAS

¡Estupendo retrato!... ¡Verdad es que la modelo...! ¿Y el de usted, Dilia, cuándo lo vemos?

ARANDAS

El de Dilia requiere una gran preparación. Estudios previos, muchos apuntes... Será la obra maestra de mi vida.

DILIA

La obra maestra no sale cuando uno quiere, sino cuando sale...

ARANDAS

Pues, si no hago una obra maestra...

KALIARAS

La obra maestra es una tontería. No sirve para nada.

DILIA

Usted siempre en vulgar.

KALIARAS

¡Afortunadamente! De eso vivo.

DILIA

Al menos se conoce usted.

KALIARAS

¡A Dios gracias! Mi último estreno, del que no se han enterado ustedes, en el teatro de La Regencia...

DILIA

Sí, hombre, nos hemos enterado.

DELMAS

¡Menudo escándalo se armó!

ARANDAS

Se oyó desde la calle.

KALIARAS

Se sigue oyendo todavía, por mi bue- suerte, diariamente, tarde y noche, dos veces que dan la obra.

DILIA

Es usted amigo de las emociones rtes?

KALIARAS

No, señora. Soy amigo de los trimes tres fuertes.

ARANDAS

¿Y la reputación?

KALIARAS

Me importa un rábano. En Ildari oficialmente al menos, todos los escr tores son ilustres; los cómicos, emine tes, y los políticos—canallas en vida- portentos malogrados en muerte, c estatua y todo en su provincia, aunq hayan esquilmado esa provincia y to la nación. Sé de una estatua que cua do la descubrieron tenía grilletes.

DELMAS

Este Kaliaras...

KALIARAS

¡Sí, hombre! Es una ventaja pasar por besugo literario entre tanto estafador le la fama. Ni el siglo de Pericles tuvo nás grandes hombres que nosotros ahoa, a juzgar por periódicos, bombos y *ibelots* conmemorativos de bronce... Un erdadero hombre de genio lo pasaría nal hoy en Ildaria. Donde todos son minentes, es una originalidad no serlo. o, para ser una falsificación, me quedo n apreciable congrio al natural. Cada ial cifra su vanidad en una cosa. Yo la fro en mi tontería, mucho más proictiva que el mérito de los otros. El io pasado liquidé con cien mil francos moneda ildariense. Y eso que todo eron fracasos y disparates, según los eratos, mis enemigos obligados.

DELMAS

Pero, ¿qué les ha hecho usted para...

KALIARAS

¡Toma! ¡Darme la gran vida! ¿Le pa rece a usted poco? Ellos vegetan con d simulada miseria, de humillante limo: na, agarrados a un destinillo vergoı zante, a una protección que les amo daza, o a un periódico que los exprim Yo vivo de lo que gano libremente. I elección no es dudosa.

DILIA

Lo que falta saber, amigo Kaliar si es la tontería de usted o la de demás la causante de su triunfo e nómico.

KALIARAS

¡Llámelo usted hache! ¡A mí me da lo mismo! ¡Billetes de banco, es lo que yo quiero! Lo demás son cuentos chinos.

ARANDAS

Parece que se ha trasladado aquí la ertulia del *Ciervo Azul.*

DELMAS

A mí los literatos me aburren.

KALIARAS

No me ofendo, porque yo no soy li-rato, felizmente.

DILIA

Pues ¿qué es usted entonces?

KALIARAS

Fabricante de farsas disparatadas e imbéciles, que me dan mucho dinero ¡Un oficio tan honrado como otro cual quiera!

DILIA

Eso me parece discutible.

KALIARAS

¡A mí no! ¡Sin comer no hay arte, n nada! ¡Todo está en el estómago! Créan me ustedes: en el sucio estómago. Ad más, no vale la pena de escribir nada e serio. ¡Ya se ha escrito todo! ¡Imposib superar lo hecho, ni tener una id nueva!

ARANDAS

Un país donde se cree eso, es un pa

ue ha enterrado su alma, echando la lave a toda inquietud.

DILIA

Figurarse que se ha dicho ya todo iútilmente, es una admirable excusa ara perder una vida entera.

KALIARAS

Se equivoca usted. Perder la vida es abajar en vano. ¡Quimera todo! El arte s un engañabobos. ¡La vida es lo intesante! Saber cómo piensa el cochero e punto, el limpiabotas, la verdulera. dentrarse en el alma del vulgo y, sore todo, haber pasado hambre mateal, no de justicia, ni de ideales y deiás garambainas por el estilo. ¡Eso es vida! ¡El resto, literatura! ¡Nada! Cosa bresca. Estar en literato, es estar en abia.

DILIA

¿De modo que, para usted, Sirio y e
planeta Marte...?

KALIARAS

¡Me tienen sin cuidado! ¡Están mu
lejos!

DILIA

Yo, de usted, escribiría una piececit
que se llamara *Kaliaras o la vuelta al ta
parrabos*.

KALIARAS

Esas son frases inofensivas. Lo únic
positivo es el estómago, el sucio estó
mago.

DILIA

Hombre, con los miles que usted h
cobrado este año...

ARANDAS

¡Sí, hombre! ¡Debía usted haber olvidado ya el estómago!

KALIARAS

¡El estómago es inolvidable! ¡Tan pesado se pone cuando le falta, como cuando le sobra! Hace un año que digiero con pena, por exceso. Antes por falta. ¡Así ando yo! Con una dispepsia molestísima.

DILIA

¡Acabáramos! ¡Esa dispepsia lo explica todo!

DELMAS

Es curioso el afán de hablar de la vida, en un país como éste, donde casi nadie vive.

ARANDAS

A otra cosa, a otra cosa. Estar junto a una mujer tan extraordinaria como Dilia, y discutir tonterías, sí que es una falta de lesa vida.

ESCENA XI

Los mismos y VELEDIS, ONDARAS y BILERAS, que llegan también por el salón del fondo, hablando entre sí, bajo y animadamente.

VELEDIS

Al entrar en la rotonda.

Se saluda en general. Buenas tardes, Dilia.

Va hacia ella besándole la mano. ONDARAS y BILERAS le imitan.

BILERAS

¡Dilia!...

ONDARAS

¡Deseando verla!

DILIA

¿Llegan ustedes ahora?

VELEDIS

Casi. Nos encontramos en el portal, y subimos juntos la escalera.

ONDARAS

Hemos saludado a las señoras, y nos ha faltado tiempo para venir a este rinconcito, que usted embellece.

A DELMAS, ARANDAS y KALIARAS.

Señores, contentísimo de encontrarles aquí.

Alargándoles la mano. VELEDIS y BILERAS les dan también la suya. Mutuos y cordiales apretones de manos.

VELEDIS

¡Lo mismo digo!

BILERAS

¡Y yo!

DELMAS

¡Yo también me alegro de verles!

ARANDAS

¡Nos alegramos todos!

KALIARAS

Vienen ustedes, como de costumbre, a hablar mal de la gente.

VELEDIS

Un ratito, al menos. Aquí se puede decir todo con discreción, sin que se irrite nadie.

ONDARAS

Donde está Dilia, hay auditorio, cosa que falta en Ildaria.

DILIA

Es usted muy amable.

KALIARAS

Oirá usted horrores dentro de poco, Dilia.

VELEDIS

Hablar mal de la gente es una forma de hacerle justicia, a falta de otra mejor.

BILERAS

Indudablemente.

VELEDIS

En los países como Ildaria, que son

régimen de miseria y cobardía moral, la única válvula por donde se desahoga el sentimiento de justicia, es la murmuración.

DILIA

¡Bueno! Mientras ustedes murmuran, yo formaré corro aparte con Delmas y Arandas.

BILERAS

¡Protesto!

ONDARAS

Protestamos todos.

KALIARAS

Yo, para protestar más enérgicamente, dejo este cenáculo sagrado, y me voy al salón. Hasta luego.

Dirígese rápido hacia el fon-

do. Al pasar junto a ARANDAS, dícele bajo:

Esta Dilia es una pedante.

Viéndole irse.

DILIA

Adiós, Kaliaras.

VELEDIS

Necesitamos de usted, Dilia, tan guapa, tan inteligente. Queremos que sea usted nuestra cómplice en lo de hablar mal de la gente.

DILIA

¿Yo?...

ESCENA XII

Los mismos, menos KALIARAS. Llega la MARQUESA DE PLEMBIS por el fondo. Muy decorativa. Admirablemente vestida.

MARQUESA

¿Se conspira?

DILIA

Yendo hacia la de Plembis y tendiéndole la mano un poco rudamente.

¡Ni para eso sirven aquí!

Tras Dilia, acércanse todos a la recién llegada.

ARANDAS

¿Cómo va, Marquesa?

Bésale la mano. Delmas, Veledis, Ondaras y Bileras siguen su ejemplo.

DELMAS

¿Qué tal, Marquesa?

MARQUESA

Perfectamente.

VELEDIS

¡Siempre radiante!

BILERAS

¡Y esquiva!

ONDARAS

¡Y exquisita!

MARQUESA

Señores, ¡qué tiroteo!

DILIA

¿Hay mucha gente?

MARQUESA

Los íntimos y los curiosos, que son istantes. No está la tarde para salir.

VELEDIS

¡Bah! ¡Aquí nunca pasa nada!

MARQUESA

Con Eprontas, pasará. Nos está sacan-do de quicio a todas las damas de Il-daria.

DILIA

¡Caramba! ¿Qué les ha hecho a uste-des Eprontas?

MARQUESA

Y a usted también, ya que es uste de Ildaria.

VELEDIS

¿Se refiere usted a la cuestión de asilados? Acabo de escribir un artícu

MARQUESA

A la de los asilados y a la de los sig-
os del culto, y a tantas cosas más...
'ero la última, la de las bibliotecas pú-
licas, es intolerable. Figúrense ustedes
ue podrán servir sin previa censura
›s libros que pida todo el mundo.

DILIA

Pero, a usted, ¿qué le importa todo
so, Marquesa?

ARANDAS

¿Va usted a las bibliotecas públicas,
arquesa?

MARQUESA

¡Hoy sería un pecado mortal!

DELMAS

No deja de tener su encanto el pe
cado.

VELEDIS

Para ser un buen santo, es mejor ha
ber sido antes buen pecador.

BILERAS

Pero, ¿usted conoce el proyecto, Ma
quesa?

ONDARAS

¿Sabe usted, acaso?

MARQUESA

Tanto monta. Van obreros, estudia
tes...

VELEDIS

Muy pocos, muy pocos, y a leer n
velas nada más.

MARQUESA

Novelas prohibidas. Esos pocos, no eben descarriarse. Nosotras somos las epositarias, en Ildaria, de las buenas ostumbres y de la religión.

DELMAS

Pero si Eprontas respeta profunda- ente la religión, Marquesa. Su mujer, nia, preside todas las congregacio- s y juntas de carácter devoto, habi- s y por haber, en Ildaria.

MARQUESA

Naturalmente! Su mujer tiene senti- común y más talento que él; por eso su primera enemiga, y encabeza las as de todas las protestas. Tengo hablar con usted, Arandas. Acom- ieme al salón.

ARANDAS

Ofreciéndola el brazo

Usted me manda.

MARQUESA

Colgándose del brazo de Arandas.

Quiero presentarle a usted a Bebita, la hija menor de la duquesa de Arbola...

DILIA

Un retrato en perspectiva.

MARQUESA

Varios, varios retratos.

ARANDAS

Tendré un verdadero placer.

MARQUESA

Esa Bebita acaba de salir del colegio, ya se estuca y lo lleva todo postizo, asta la dentadura; pero se pinta y ompone con un buen gusto, tan dessado...

ARANDAS

¡Diablo! ¿Dónde está ese fenómeno? erá cuestión de felicitarla y presentar- a Eprontas, porque, como dice un nigo mío, el buen gusto es lo más re- olucionario que puede intentarse en daria.

MARQUESA

No crea usted, se va refinando algo la ente... Vamos, vamos.

Tirando de Arandas.

Hasta ahora. No me despido. Volveremos pronto.

Vase con ARANDAS por el salón del fondo. Todos la contemplan mientras se aleja.

ESCENA XIII

Los mismos, menos la de PLEMBIS y ARANDAS

DILIA

Cuando ha desaparecido l Marquesa.

Ahí la tienen ustedes. Ayer, *la Pampas*, una pícara de moda y escándalo. Hoy...

DELMAS

Hoy goza un millón de renta y es emparentada con la mejor nobleza.

VELEDIS

El Marqués de Plembis cuenta tant

años como su linaje. Yo creo que estuvo en la primera cruzada. Ha hecho bien en casarse con él esa criatura frágil y preciosa. Enviudará pronto la Marquesa.

ONDARAS

París, bien vale una misa.

DILIA

Varias misas. En la capilla de su palacio se dicen dos diarias, y cuatro los días festivos.

BILERAS

Nació ya con el sentido del buen tono esa muchacha.

ONDARAS

Es de las mujeres mas bien presentadas de Ildaria. Posee el secreto de vestirse.

VELEDIS

Que aprendió teniendo antes el secreto de desnudarse.

DELMAS

Su mayor talento ha sido conseguir que se hable de ella todos los días.

VELEDIS

Es de una actualidad perpetua.

BILERAS

Antes y ahora. Cuando era *la Pampas* tenía varios protectores y un solo amante fijo. Se comentaba esa constancia. Hoy tiene sólo un protector fijo, el marido, y varios amantes.

DELMAS

¡Ha ensanchado su corazón a tiempo! ¡Sabe hacer las cosas!

DILIA

¡Basta ya! ¡Agotado el tema, señores! Oiga usted, Delmas.

DELMAS

Oigo yo, Dilia.

DILIA

Tenemos que hablar.

Vanse ambos a un extremo y charlotean bajo, mientras VELEDIS, ONDARAS y BILERAS forman en otro extremo grupo aparte.

VELEDIS

Alzando la voz y dirigiéndose a DILIA y DELMAS.

¿Secretos, eh?

DILIA

Sí señor, secretos.

VELEDIS

Nada, nada, a ellos.

A los de su grupo.

Ese Eprontas empeñado en ser más papista que el Papa y en legislar más radicalmente que soñaran nunca nuestras izquierdas. Impuestos sobre la renta, desamortización territorial, separación de la Iglesia...

BILERAS

Es un iluso, un niño. Lo derriban en seguida.

ONDARAS

Y volverá el viejo Ceandas.

BILERAS

Que apuntalará mejor la casa.

ONDARAS

Después de agrandarla, porque le ha aumentado la familia.

BILERAS

Se le han casado dos nietas más con otros tantos futuros funcionarios llenos de parientes.

ONDARAS

Cada matrimonio es un considerable aumento de nuevas familias que se enazan, y vamos viviendo.

VELEDIS

¡Van viviendo ellos! Yo no saco nada de esa prolífica sucesión.

ONDARAS

¡Ese dichoso fracaso de Eprontas!

BILERAS

Estaba descontado, por fiar tontamente en un rey viudo, de setenta años, caduco y rijoso, dominado por palaciegos.

ONDARAS

¡Ca, hombre! Los reyes no tienen la culpa de nada. Son lo que los pueblos quieren que sean, aunque los pueblos se escuden en ellos. Echar la culpa a ese pobre viejo real, es injusto. Si cho

chea, culpa es de los que le dejan chochear. Si tiene amores seniles, culpa es de quienes se los preparan. La falta de Eprontas es haber relegado la acción y la propaganda previas, como si este pobre pueblo pudiese cobrar conciencia y energía de pronto.

VELEDIS

¡Me chincha ya tanto Eprontas!

ONDARAS

¡Hombre!

BILERAS

En Ildaria, cuando un hombre chincha, así, en seco, «chincha», se acabó ese hombre, sin más razón.

VELEDIS

Eprontas se va pareciendo ya a un

revolucionario de opereta. ¡Afirma continuamente! ¡Yo no puedo oír afirmar! La vida es ondulante, quebrada...

ONDARAS

Esas son tonterías, Veledis. Al mundo lo han hecho afirmaciones. Lo que pasa es que Eprontas es demasiado joven y el país demasiado viejo. He ahí el conflicto.

VELEDIS

¿Saben ustedes la última frase de...? Hay que decirla bajito para que no se escape. ¡Verán ustedes!... Ayer en la Cámara.

Habla quedo a ONDARAS y BILERAS, que estrechan el corro.

DELMAS

A DILIA, alto, en el extrem opuesto.

¡No, Dilia, no!

DILIA

¡Sí, Delmas, sí!

DELMAS

Yo, Dilia, no soy... *los demás.* ¡Yo soy elmas! ¡Yo deseo, quiero las cosas de :ras! ¡Yo soy lo que son pocos: una luntad! ¡Ella me ha hecho hombre! lla me ha hecho rico! ¡Ella me ha :cho Delmas, en fin! Es tan grande esa luntad, que vería al destino frente a :nte sin pestañear, y sabría dejarse lastar por él, impasible; porque yo soy ís fuerte que el destino, y sé sonreír liferente y sereno a la fortuna y a la sgracia. Por ambas siento un profun- desprecio. Mi vida depende de mí, que puedo quitármela cuando quie- El mundo es voluntad, o no es nada.

DILIA

Sé como es usted... pero el amor es lo único que se escapa a la voluntad.

DELMAS

Sí, tiene usted razón; el amor es involuntario e indomable, como el destino. Pero yo sé desafiar al destino, aunque me aplaste, y sé ponerme frente al amor, aunque me derrote. Yo presiento que entre usted y yo, Dilia, pasará algo de incalculables consecuencias.

DILIA

¡Quién sabe!... Quizás llegará un día...

DELMAS

¡Sí! ¡Llegará pronto, y lo veremos!

Suenan tiros lejanos y

rumor de voces que se extingue rápidamente.

DILIA

Sobresaltada.

¿Eh...?

DELMAS

Parece que...

VELEDIS

Alto desde su grupo.

¿Han oído ustedes?

DILIA

Yendo hacia él

Es en la plaza, cerca de aquí...

BILERAS

Vamos a los balcones.

DELMAS

Sí. Vamos.

DILIA

¿No oyen también la gente de la casa?
Así, como agitada... Vamos, vamos.

Delmas, Bileras, Ondaras y Veledis, casi a un tiempo.

Sí, sí. Vamos.

Precipítanse todos por la sala del fondo. Desierta unos instantes la estancia. En la puerta izquierda, una mano enguantada levanta despacio la cortina, y aparece el Conde de Nilas, un señor de media edad, muy correcto, muy atildado. Lleva una gran flor en el hojal de la levita, monóculo calado y chistera en mano. Mira a todos lados, cauteloso, adelanta, atraviesa con lentitud la rotonda, y se dirige hacia la sala del fondo. Detiénese bruscamente, al ver de correrse el portier de la puerta derecha para dar paso a Son... que llega presurosa y se queda sorprendida e inmóvil al ver al Conde.

ESCENA XIV

SONIA y CONDE DE NILAS

SONIA

En voz baja.

¡Usted!

CONDE

En el mismo tono.

¡Sonia!...

SONIA

Llegando junto al CONDE.

¿Por dónde ha entrado usted?

CONDE

Por donde los demás; pero en el ves-
ulo dije que no me anunciaran, y vine
deando los pasillos hasta aquí, por si
encontraba a usted sola, y si no, de-
le dos letras donde siempre; pero al
los tiros...

SONIA

Al oírlos yo, me fuí corriendo, esqui vando la gente, a las habitaciones d Eprontas, para asomarme al balcón de despacho, de donde se domina toda l plaza, y sólo he logrado ver una multi tud compacta y guardias a caballo.

CONDE

No tenga usted cuidado. No ser nada.

SONIA

¡Dios le oiga! ¡Estoy muerta de mie do! Luego hablaremos. Ahora hay mu cha gente en los salones. Me echará de menos, me buscarán. Con el permis de usted voy a...

CONDE

Un momento. Dos palabras. El Rey...

SONIA

Acercándose mucho al CONDE.

El Rey, ¿qué...?

CONDE

Desea una entrevista. Dice que ya es ora, que la impaciencia le mata...

SONIA

A sus años esa impaciencia es ri- ícula.

CONDE

Pasión senil, pasión loca.

SONIA

Pasión bufa. Esa entrevista no llegará nunca, Conde.

CONDE

¡Sonia!

SONIA

Envolviéndole en un mirar expresivo de coqueta.

Yo, amigo Nilas, juego a cartas vistas.

CONDE

Pero...

SONIA

¡Ya sabe usted! Quemo, pero no satisfago...

ESCENA XV

SONIA, CONDE y DILIA, que asoma por la sala del fondo, y al ver a su hermana y a NILAS hablar juntos, se detiene, observándolos.

CONDE

Piense usted que...

SONIA

Está ya pensado. Usted me guardará el secreto por conveniencia. Yo soy ahora el anzuelo más tentador de ese viejo real. Le trae a usted cuenta no destruirlo...

CONDE

Imposible retardar una respuesta... Comprenda usted...

SONIA

Anuncie usted esa entrevista para uno de estos días, pero sabiendo usted que no llegará nunca...

CONDE

Se juega usted el porvenir.

SONIA

Será el porvenir de él, y los viejos no tienen porvenir. El porvenir es mío, Conde.

CONDE

Usted enciende y promete, Sonia...

SONIA

Sí, señor. Quemo, pero no satisfago. Abur.

Dirígese a la sala del fondo, y se detiene al ver en ella a Dilia.

¡Eh! ¡Tú ahí, espiando!...

DILIA

Entrando en la rotonda y llegando frente a su hermana.

No vine a eso.

SONIA

Mal disimulando lo airado del tono.

Tú y yo, Dilia, tenemos muchas cuentas que ajustar en breve.

DILIA

Todo lo que quieras; pero, ahora, preguntan por ti. Venía a buscarte. Tu puesto no es este.

SONIA

¡No necesito tus advertencias!

CONDE

Interponiéndose, muy cortés, entre ambas damas.

¿Cómo está usted, Dilia?

SONIA

Ya lo ve usted. Vigilante.

DILIA

Curiosa, sencillamente. Mucho gusto en ver a usted, Conde.

Tendiéndole la diestra, que el Conde besa lenta y ceremoniosamente. Mientras, Sonia vuelve de nuevo hacia la sala del fondo.

ESCENA XVI

Los mismos y CLINIAS y LETICIA, que llegan presurosos, cortándole el paso a Sonia en la puerta central de la rotonda.

LETICIA

Muy aturdida y agitada.

¡Qué angustia, hija!

CLINIAS

No se alarmen, no es nada.

SONIA

Sorprendida, inquieta.

¿Qué pasa?

DILIA

Ansiosa, yendo hacia ellos.

¿Qué sucede?

CONDE

Tras Dilia.

¿Qué ocurre?

CLINIAS

Nada grave, nada grave.

LETICIA

El susto que me he llevado...

SONIA

Pero qué...

CLINIAS

Nada. Que ha venido Eprontas ligeramente herido.

SONA

¡Herido!

DILIA

¡Herido!

CONDE

¿Cómo herido?...

CLINIAS

¡Calma, por Dios!

LETICIA

No hay gravedad ninguna.

CLINIAS

En absoluto. La gente ha sido lo
nalo. Ha costado contenerla, reducirla.

LETICIA

Entró Eprontas por la escalera de
ervicio, burlando la curiosidad de to-
los, y, por orden suya, hemos puesto
riados en las puertas, para que no
ase aquí nadie.

SONIA

¿Dónde está? ¡Quiero verle!

Su madre y CLINIAS la contienen.

DILIA

Pero ¿qué tiene?...

CONDE

¡Sosiéguense ustedes, por Dios!

LETICIA

Si está él mismo telefonando ahor
a la Cámara. Nos dejó hace un instant
para eso.

ESCENA XVII

Los dichos y EPRONTAS, que, con la cabeza ve
dada, asoma por la puerta derecha, seguido d
MEDICO.

EPRONTAS

¡Hola! No asustarse. No es nada.

Fijándose en Nil

¡Usted aquí! Buenas tardes, Cond

Dilia, Sonia y el Conde

miran con sorpresa un intante. Pausa brevísima. Luego, en tono vivo, vehemente, todos casi a un tiempo.

SONIA

Corriendo junto a su marido.

¿Qué tienes?

DILIA

¡Eprontas!

CONDE

¿Qué le pasa a usted?

LETICIA

Ya dije yo que...

CLINIAS

No es lo que pudo haber sido...

SONIA

Poniendo ambas manos e
el pecho de Eprontas.

¿Qué hay, qué sucede?

EPRONTAS

Rechazándola suavemente
tranquilizándola con el ges

¡Nada! Un ligero rasguño. No vale
pena hablar de eso...

MÉDICO

En efecto, señora. Una contusión s
importancia en la cabeza. Yo, que le
hecho la primera cura, puedo dar fe.

EPRONTAS

Acabo de telefonar yo mismo a r
compañeros, reunidos en la Cámara, qe
no tengo novedad.

SONIA

Estás pálido. Déjame ver.

EPRONTAS

Te suplico que no hablemos más del
unto.

CONDE

Pero ¿cómo ha sido?

DILIA

Qué ha pasado...?

EPRONTAS

Una algarada ligera. Mucho ruido y
as nueces.

SONIA

Pero...

EPRONTAS

Al venir a casa, encontré grupos gente. Apedrearon mi coche. Cargas policía, tiros, sustos... Siento las desg cias de la calle. Lo mío no es nada. otra cosa. Usted, Clinias, váyase en guida, y despéjeme el vestíbulo de *porters*. Dígales usted la verdad. Q estoy bueno y sano, y que el Gobie ha dimitido. No vuelva usted hasta le llame.

CLINIAS

Sí, señor. Voy al momento.

Vase, apresuradament la izquierda.

CONDE

Yo, con el permiso de usted, Ep tas, voy a telefonar a palacio...

EPRONTAS

No se preocupe usted. Ya lo saben.

CONDE

No sé cómo no mandó usted barrer chusma. Son unos brutos. ¡Sabiendo ed que este es un pueblo ingober-ble!

EPRONTAS

Qué de particular tiene! No lo han ernado nunca...

CONDE

De todos modos, me felicito de que a usted salido ileso de este motín. rá que reprimir con mano dura. es que nada, el orden público...

EPRONTAS

Para mí, hay otras cosas antes...

CONDE

¡Usted siempre en radical! Vaya, quiero molestar a usted más. Voy busca de mi mujer. Adiós. Hasta m pronto.

Alargando la mano a Ep tas.

EPRONTAS

Estrechando la mano Conde de modo maqu frío.

Hasta que usted quiera.

CONDE

A Leticia.

Señora...

Bésale la diestra. Lu Sonia y a Dilia.

eñoras...

Inclínase reverente, y vase por la sala del fondo.

EPRONTAS

A su mujer.

Tú, ten la bondad de despedirme á oda la gente.

SONIA

Pero, hombre...

EPRONTAS

Te ruego que me complazcas sin disusión. Satisface la curiosidad de nuesos amigos. Diles que no tengo nada que mis quehaceres me impiden teer el gusto de presentarme. El doctor erá el mejor testigo de mi estado de ulud.

Al médico.

¿Tiene usted la bondad de acompañar a mi mujer?

MÉDICO

Ofreciendo el brazo a SONIA.

Será para mí un honor.

SONIA

Es que me contraría ahora.

EPRONTAS

Te agradeceré infinito que atiendas mi deseo. Anda, despide a esa gente. Después, solos, en familia, tendremos tiempo de charlar a nuestro gusto.

SONIA

Está bien. ¿Vienes, mamá?

LETICIA

Sí, sí. En seguida voy.

Vase SONIA, con el médico, por la sala del fondo.

ESCENA XVIII

EPRONTAS, DILIA, LETICIA

DILIA

Estarás rendido, fatigado...

EPRONTAS

Fatigado, no. ¡Asqueado sólo!

LETICIA

¡Válgame Dios, hombre, Eprontas! Por meterte a redentor! Entraste con an buenos auspicios, siendo la espe-anza de todos, y, a los seis meses de obierno, crisis.

EPRONTAS

La crisis es el estado habitual de daria.

LETICIA

Tanto abogar por el pueblo, y el pueblo te derriba.

EPRONTAS

No ha sido el pueblo. Nada tiene que ver aquí el pueblo.

LETICIA

¿Pues esos revoltosos...?

EPRONTAS

Parecen muchos, y son muy pocos Unos cuantos fanáticos reaccionario: del círculo legitimista, tan incivile: como sus enemigos del otro bando, va rios desocupados, amigos de espectácu los callejeros, y algunos agitadores d oficio, iguales en todos los partidos.

LETICIA

Todo lo que quieras; pero ninguna necesidad tenías tú ahora de ese percance, con tiros y bullanga en las calles. ¡Hay quien se está cinco añitos gobernando en paz y gracia de Dios! Esos son los que convienen a una familia.

EPRONTAS

Siento mucho no ser un gobernante ejemplar a gusto de mi mamá política. En fin, yo me voy a mi despacho. Tengo mucho que hacer. Si venís allí, hablaremos un rato en la intimidad.

DILIA

De todos modos, un hombre como tú, Eprontas...

EPRONTAS

Un hombre como yo, lucha.

DILIA

¡Y vence!

EPRONTAS

¡O no! Se es más grande por luchar que por vencer.

Dirígese hacia la puerta derecha.

DILIA

¡Eres todo un hombre, Eprontas!

EPRONTAS

Apartando la cortina.

¡Y tú, toda una mujer, Dilia! ¿Vienes?

DILIA

Sí. Voy.

Sale EPRONTAS. *Tras él* DILIA.

LETICIA

Síguelos, deteniéndose unos segundos, pensativa, cerca de la puerta.

Tiene razón Sonia.. ¡Es demasiada hermana ésta! Será mejor que vuelva cuanto antes con su padre.

Vase por donde DILIA *y* EPRONTAS.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUARTO de estudio de EPRONTAS. Buen gusto. Estanterías de libros. Un balcón grande, cerrado, en la pared del fondo, a la izquierda. Sillones vetustos de cuero. Mesa amplia nacimiento, atestada de libros, papeles, cartas. En un rincón, mesita de roble norteericana, con máquina de escribir. Puerta en centro y laterales. Primeras horas de la ñana.

ESCENA PRIMERA

SARDES, ENEDAS, FALIEROS y ESAROS, minis tros dimisionarios, sentados, casi hundidos, en an chos sillones, ante la mesa Renacimiento. Fuman discuten.

FALIEROS

¡Naturalmente!

ESAROS

No puede ser más evidente.

ENEDAS

¡A otra cosa!

SARDES

¡No, no! ¡A esta cosa! Yo no lo v tan evidente.

FALIEROS

Usted es el eterno espíritu de con-
radicción. Discutiría usted con el mis-
no sentido común en persona.

SARDES

Claro que sí. Un sentido que se llama
mún y es de todos, es un vulgar sen-
lo. Y el vulgar modo de ver las cosas
nos va a dar luz.

FALIEROS

Nada más vulgar que la luz. El sol
e para todos.

SARDES

Usted es el hombre de las frases he-
s. El sol alumbra los cuerpos, pero

entra en pocas inteligencias. Ildaria es un país de cabezas limitadas y duras.

ESAROS

¡Ca, hombre! Fuimos los más grandes. Tenemos altos destinos históricos...

SARDES

¡Basta! ¡Los destinos históricos! ¡F sol! ¡Chinchín y platillos! Tengamos u poco más de honradez y agudeza en l discusiones. ¿Estamos aquí en un Pa lamento al uso, en un mitin, o en ca de Eprontas, para hablar llanamente hechos consumados y de problem graves? ¿Somos cuatro hombres o cu tro abstracciones?

ENEDAS

Eso es salirse de la cuestión.

SARDES

Para volver a ella. La cuestión es
larísima. ¿Rectificamos, o seguimos una
olítica?

FALIEROS

En política no hay rumbos fijos.

SARDES

En la política ildariense, no, por des-
acia. En la verdadera política viva,
erna, universal, no sólo hay una orien-
ción, equivocada o no, sino que no
ly política posible sin rumbo.

FALIEROS

Usted olvida que estamos en Ildaria.

SARDES

¡Otra frase! Así se vive aquí: de tó-

picos. Pocas iniciativas. Ni un solo esfuerzo de la voluntad. Refranes y máximas. Unos cuantos conceptos fósiles, hechos piedra; y el resto del alma humana, incomprendido. Todo cae dentro de los sueños. No queremos pensar, ni ser. El que nos invita a ello, sueña.

ENEDAS

Parece que está hablando Eprontas

ESAROS

Eprontas va siendo un peligro par el partido.

SARDES

O el partido un peligro para el paí Yo acepto, en un todo, las responsab lidades de Eprontas.

FALIEROS

Nosotros, con distingos.

ESAROS Y ENEDAS

A un tiempo.

¡Es claro!

SARDES

Yo he discutido ya bastante. Con prontas, mientras Eprontas siga siendo uien es: el hombre civil que nos hace lta.

FALIEROS

Sacando el reloj.

Es raro que no esté aquí ya. Pasa ucho de la hora.

Guardándose el reloj.

ENEDAS

¡Tan puntual que es siempre!

ESAROS

Le habrán entretenido en palacio.

ESCENA II

Los mismos y EPRONTAS por la puerta izquierda. Viene de la calle. Al entrar se descubre. Sustituye a la venda de la frente un tafetán transparente, que deja entrever una cicatriz rojiza. Todos se levantan y le estrechan la mano.

EPRONTAS

Buenos días, señores. Perdón por mi tardanza. No es culpa mía. Se ha prolongado la entrevista con el rey. Siento mucho que hayan ustedes esperado.

FALIEROS

No tiene usted que disculparse.

EPRONTAS

Siéntense ustedes.

Vuelven los cuatro a sus asientos. EPRONTAS, presidiendo el grupo, ocupa su sillón ante la mesa.

ESAROS

¿Qué novedades?

ENEDAS

¿Qué pasa?

EPRONTAS

Nada, como siempre. Se me elimina. Todo quedará como estaba. Muertos en flor todos mis intentos de legislación progresiva, de política económica. Ni impuestos al capital y a la renta, ni desamortización de tierras improductivas.

No se toca a nada, a pretexto de que no está preparado el país.

FALIEROS

Era demasiado radical el programa.

ENEDAS

Nuestras izquierdas no existen más que de nombre.

ESAROS

¿Qué apoyo puede esperarse de ellas?

EPRONTAS

Ustedes saben cómo fuimos poder. Casi por imposición extranjera. El hambre, la emigración, el descontento en los campos, las huelgas repetidas de obreros, el temor a los perturbadores de fuera...

FALIEROS

Si me hubiera usted hecho caso. Disimulando, engañando al principio...

ENEDAS

Gobernar es transigir.

SARDES

Otra frase hecha.

EPRONTAS

Yo no vine a transigir. Bien lo advertí. Vine a ejecutar en momentos críticos que no admiten espera. Yo soy un abogado que trata de redimirse del abogadismo.

FALIEROS

Sin astucia no hay gobierno.

EPRONTAS

La astucia, como auxiliar de propósitos grandes, puede ser un buen criado. Por sí sola, como fin, es un pobre elemento de Gobierno.

SARDES

Casi toda Ildaria es, hace siglos, una lucha de astutos logreros sin ideal. ¡Y el resultado está visto! ¡Tres siglos de agonía, y un grave peligro de ser repartidos como Polonia!

ESAROS

De todos modos, si hubiéramos cedido...

SARDES

Por ceder caemos.

EPRONTAS

Casi todos los fracasos son por falta de carácter. Yo estoy dispuesto a salvar el mío.

FALIEROS

Toda la prensa de la mañana está en contra de usted, Eprontas.

ESAROS

Tan fácil que le hubiera a usted sido evitar esa oposición ruidosa, tan inoportuna ahora.

EPRONTAS

¿Evitarla? ¿Para qué? Nuestra Prensa, con excepciones, es tan pobre como deshonesta y barata. Refleja todo este mundo caduco. Ha abdicado toda altivez. Se siente gleba.

ENEDAS

Dice Veledis, en su artículo, que es usted tan venal como los demás ildarienses, y que le va a desnudar a usted políticamente.

EPRONTAS

Es natural. No hace diez días comía Veledis en esta su casa y la de ustedes, jurándome afecto fraternal y constante, sobre todo si firmaba el monopolio de las sales de potasa.

SARDES

La potasa y su afecto, tienen afinidades electivas. ¡Misterios del corazón!

EPRONTAS

Yo no hubiera firmado nunca ese

monopolio, a pesar de las iras de Veledis.

FALIEROS

Pues hoy, en *El Correo Ildariense*, agota Veledis todas las fulminaciones.

SARDES

Tendrá un gran éxito ese artículo.

EPRONTAS

Es claro. Lo firma un hombre que ha sido ministro en tres situaciones distintas, pasándose a cada gobierno nuevo, para conservar siempre su influencia y su acta.

ENEDAS

¡Como tantos! De algo ha de vivir.

EPRONTAS

Cierto. Por eso yo me declaro ban-

dido entre tantas personas decentes, y me coloco fuera de la caballerosidad y de la política tradicional. Desde hoy en adelante, Eprontas es un disidente. La minoría que me siga, queda fuera del régimen.

ENEDAS

¡Usted está loco!

FALIEROS

¡Rematado!

ESAROS

¡Tirar por la ventana una magnífica situación política a los treinta y cinco años!

FALIEROS

¡Abandonar la jefatura del primer partido de Ildaria!

ENEDAS

¿Qué va usted a sacar en cambio?

EPRONTAS

Yo he ido a la política para darlo odo y no sacar nada personalmente.

ESAROS

Eso es un absurdo.

FALIEROS

Que no creerá nadie, ni nosotros.

EPRONTAS

Señores, tolero la ofensa que me in- eren ustedes con la mejor intención, orque hemos llegado a un estado en daria, y quizás en buena parte del undo, en que las palabras ideal y hon-

radez son ficciones sin eficacia; pero como ambas palabras obedecen para mí a reales sentimientos humanos, a ellas me atengo. Hubo pícaros y honrados con ideal, pero ninguno realizó nada en el mundo sin él.

SARDES

Levantándose y dando la mano a EPRONTAS.

Cuente usted conmigo.

EPRONTAS

Levantándose también y estrechando la mano de SARDES.

Contaba ya. Conozco a mi gente.

FALIEROS, ENEDAS *y* ESARO *abandonan, a su vez, sus asientos.*

FALIEROS

Yo, Eprontas, siento mucho no poder decir lo mismo que Sardes.

ENEDAS

Colocarse fuera del régimen, equiva-
: a un suicidio político.

ESAROS

Exactamente. Es una lástima que una
iteligencia tan excepcional como la de
prontas...

EPRONTAS

Ni una palabra más, señores. También
ntaba con esta actitud de ustedes.

ESCENA III

-os mismos y CRIADO, apareciendo en el quicio de la puerta lateral izquierda

CRIADO

El señor Conde de Nilas.

EPRONTAS

Dígale usted que tenga la bondad de
esperar unos momentos.

Váse el Criado.

FALIEROS

Nosotros, querido Eprontas, somo
hombres prácticos, que desean vivir e
la realidad. Por eso, guardando siempr
el respeto a un hombre de tan relevar
te mérito como usted, que ha sido nue
tro jefe, escribiremos en una larga car
abïerta nuestra actitud, después de r
flexionar unas horas.

EPRONTAS

Perfectamente.

ESAROS

Y ahora, no queremos robarle a us-
ed más tiempo.

EPRONTAS

Como ustedes gusten, señores.

ENEDAS

Usted, por su parte, meditará las gra-
es consecuencias...

EPRONTAS

Yo he meditado ya mis resoluciones.

SARDES

Identificado en un todo con usted,
prontas. Esta noche hablaremos los
s largamente.

EPRONTAS

Volviendo a estrechar la mano de Sardes.

Le aguardo a usted.

SARDES

Hasta luego. Vamos, señores.

FALIEROS, ENEDAS, ESAROS

A un tiempo.

Vamos, vamos.

Dirígense todos hacia l puerta central. Nuevos apre tones de manos.

FALIEROS

Tan amigos como antes, Eprontas.

ESAROS

Más amigos si cabe aún.

ENEDAS

¡Qué duda hay!

SÁRDES

Hasta después.

Vanse los cuatro, despedidos por Eprontas en el quicio de la puerta.

EPRONTAS

Inclinándose.

Adiós, señores. Ya saben ustedes que esta es siempre su casa. Adiós.

Cierra la puerta, toca un timbre de pared, y vuelve a su mesa de trabajo, ante la que se sienta. Aparece el Criado de nuevo, en la puerta izquierda.

EPRONTAS

Al Criado.

Que pase el señor Conde de Nilas.

Vase el Criado. Eprontas,

para sí, reclinándose en el respaldo del sillón, con aire de cansancio.

¡Siempre la misma vieja farsa insoportable! ¡Siempre fantoches en lugar de hombres!

ESCENA IV

EPRONTAS y el CONDE DE NILAS, que, sombrero en mano, entra por donde antes apareció el CRIADO

CONDE

Siento de veras, amigo Eprontas, interrumpir sus quehaceres...

EPRONTAS

Yendo hacia él.

Viene usted a su casa.

CONDE

Mil gracias.

EPRONTAS

Siéntese usted.

CONDE

Sentándose y dejando el sombrero en una silla vecina.

Con mucho gusto.

EPRONTAS

Llevando una butaca junto al Conde, en la que se acomoda.

Usted dirá.

CONDE

El caso es un poco delicado...

EPRONTAS

Estamos solos. Nadie entra aquí sin previo aviso. Puede usted hablar libremente.

CONDE

En Palacio se siente muchísimo per-
der un hombre de la inmensa valía de
usted...

EPRONTAS

Bien. ¿Y qué?

CONDE

Usted, en ese brusco disentir del ré-
gimen, no piensa retirarse, sino libra
una lucha peligrosa contra lo estableci-
do, ¿verdad?

EPRONTAS

Pienso cumplir con mi deber.

CONDE

Si usted nos ataca, es natural que no
defendamos.

EPRONTAS

Defiéndanse ustedes; pero mi objeto ıo es atacar a tal o cual institución. Me ɔropongo algo más noble.

CONDE

Pero, hombre, Eprontas...

EPRONTAS

No hemos de estar de acuerdo. Volamos a su asunto. ¿Qué le trae a sted?

CONDE

Es un mal trago para mí.

EPRONTAS

Pues los malos tragos, pasarlos pron-). Escucho.

CONDE

Siento lo enojoso de mi comisión; pero usted mismo ha convenido que es natural que nos defendamos de un amigo que, de pronto, se torna en un enemigo tan considerable como usted...

EPRONTAS

Venga esa defensa.

CONDE

Se dice, y usted lo sabe, que en los seis meses de su gobierno, se han cometido, por la secretaría particular de usted, actos poco honorables. Como usted es responsable de esos actos, y tiene usted una cuestión pendiente con el Duque de Andrias, habiendo rehuído, en cambio, la del director de *El Mundo*

[I]lustrado, de cuyo director ha sufrido [u]sted insultos, sin contestarlos, en la [O]rden del Aguila Real de Ildaria, que [y]o presido, y a la que usted pertenece, [s]e trata de formar a usted un tribunal [d]e honor.

EPRONTAS

Irónico.

Siento mucho el trabajo y la moles[t]ia que se van a tomar ustedes por mí.

CONDE

No lo eche usted a broma. Es cosa [m]uy seria.

EPRONTAS

Levantándose y poniéndose
a pasear por la estancia.

Mi cuestión con Andrias, es una [c]osa, y mi paciencia con el director de *[E]l Mundo Ilustrado*, es otra. Yo no pue-

do descender a un pobre diablo, rastacuero, vanidoso y necio. Yo necesit categorías para incomodarme. En el orden natural, hay clases. Se puede crea una sociedad democrática; una naturaleza, no.

CONDE

Levantándose también.

La opinión de usted es respetabilísima; pero queda la nuestra, también respetable. Ese director de periódico le acusa a usted de comerciar, por mediación de Sonia, la esposa de usted, con altos destinos, condecoraciones y resolución de expedientes sucios, y de emplear fondos sagrados de juntas benéficas en provecho propio.

EPRONTAS

Llegando frente al Cond muy cerca de su rostro.

Es cierto.

CONDE

¡Cómo! ¿Confiesa usted así, tan de plano, que Sonia...?

EPRONTAS

Me acabo de enterar de que, sin la excusa de la necesidad, mi mujer, en combinación con Clinias, mi secretario particular, y de dos o tres compañeros míos de Gobierno, ha negociado, a mis espaldas, una infinidad de asuntos sucios, muy corrientes, por desgracia, en nuestras costumbres. El único inocente aquí he sido yo.

CONDE

Lo creo; pero los demás no lo creerán.

EPRONTAS

¿Y qué?

CONDE

Que está usted cogido, porque la inocencia en un marido y en un gober-nante, es pecado para la mayoría de las gentes que forman opinión.

EPRONTAS

Mi conciencia está antes que la opi-nión ajena.

CONDE

Es peregrina en un político es teoría...

EPRONTAS

Según la idea que tenga usted de u político.

CONDE

Se trata de su mujer de usted; algo ue es como una prolongación de used mismo. Las faltas de la esposa, reen sobre el marido.

EPRONTAS

Cuando el marido las consiente, es uy justo. Cuando no, no.

CONDE

Amigo Eprontas: el honor de un ombre es algo tan vidrioso, tan delido, que una sola sospecha lo empaña, mo en otro orden de cosas empaña de una mujer.

EPRONTAS

Se equivoca usted.

CONDE

¡Qué me dirá usted a mí en materia de honor! ¡A mí! ¡A mí, árbitro obligado en todos los casos difíciles! ¡A mí, que presido la Congregación de los Pares de Ildaria, y cinco órdenes caballerescas, entre las que se cuentan el Aguila Real y la Cruz de Oro!

EPRONTAS

Todo eso le probará a usted lo convencional y ridículo del honor social.

CONDE

¿Qué está usted diciendo? Usted me explicará...

EPRONTAS

Todo lo explicable.

CONDE

Imperioso, altivo.

¡Ahora mismo!

EPRONTAS

En el acto. Usted, la primera autoriad de Ildaria en honor, nació sin hoor, vivió sin honor, y por el deshonor onquistó usted su vida.

CONDE

¿Usted sabe lo que dice?

EPRONTAS

Creo que hablo claro. Digo lo que ted oye.

CONDE

Está usted en su casa. Fuera de aquí...

EPRONTAS

Fuera de aquí serán más explícitas mis palabras.

CONDE

Mirándolo, desdeñoso, de alto abajo.

Caballero Eprontas...

EPRONTAS

He ahí un calificativo que no puedo aplicarle a usted en justicia: caballero Conde.

CONDE

Echándose sobre EPRONTAS.

Le voy a arrancar a usted la lengua.

EPRONTAS

Sujetando al CONDE por los brazos, y dominándolo vigorosamente.

¡Quieto! Soy el más fuerte... Luch

desde chico, más duramente que usted, por ambiciones más nobles y más altas que usted.

CONDE

Forcejeando.

¡Suélteme usted, gañán, hijo de bru-os, fullero, farsante, lacayo, *arrivista!*

EPRONTAS

Sacudiéndolo y zarandeándolo.

¡Quieto! ¡Es usted un humorista! ¡Us-ed, perpetuo criado de favores corte-anos!

CONDE

¡Mal nacido!

EPRONTAS

Casi escupiéndole al rostro las palabras, sin soltarle los brazos.

Usted me confunde con su propia ersona. Su señora madre de usted fué

el escándalo de la Corte. Se han contado sus amantes públicos. Su padre de usted, un degenerado vicioso. Nació usted de la aventura, lo único quizás simpático en usted. Después usurpó usted un nombre que fué ilustre, y se crió usted inútilmente, al uso de un señorito ildariense. Sin caudal, se casó usted con una mujer vieja y poderosa, de cuya generosidad vive usted, sujeto a una pensión como un inválido. En Palacio, desde muy mozo, ha hecho usted, para mantenerse en su puesto, oficios innobles de celestino. No ha mucho, yo me entero de todo, tarde o temprano, ha sido usted aquí emisario de un viejo real, dispuesto a ser tercero entre mi mujer y su amo de usted.

CONDE

Congestionado, echando e
puma por la boca, lleno de ir

¡Miente usted! ¡Canalla!...

EPRONTAS

¡Quieto! Medianero habitual en amoes reales, parásito en el matrimonio, es usted el que me habla a mí de honor...? ¡Cínico!

Soltándolo y dándole un empellón.

CONDE

¡Ah, bellaco! ¡Tendrá usted pronto noticias mías!

EPRONTAS

Me preocupan muy poco esas notiias.

CONDE

¡Ya cambiará usted de opinión!

Va hacia la puerta central.

EPRONTAS se dirige hacia la silla, de donde toma el sombrero que dejó el CONDE al sentarse, y ya tranquilo, sonriente, dice en tono muy cortés:

EPRONTAS

Un momento, Conde. Se deja usted olvidado su sombrero.

Presentándoselo.

CONDE

Volviendo sobre sus pasos, y yendo hacia EPRONTAS, de cuyas manos arrebata, airado, el sombrero.

¡Sonríase usted ahora! ¡El que se ría el último, será el que se ría mejor y más a gusto!

EPRONTAS

Inclinándose.

Posible.

Vase el CONDE, empujando violentamente la puerta de

fondo, y dando un portazo. EPRONTAS, impasible, lo ve irse. Después toca el botón de un timbre de pared.

ESCENA V

EPRONTAS y CRIADO por la puerta izquierda.

CRIADO

¿Llamaba el señor?

EPRONTAS

Diga usted a la señora, si está visible, que tenga la bondad de venir aquí cuanto antes.

CRIADO

Está bien.

Saluda y vase. EPRONTAS métese las manos en los bolsillos del pantalón, y con aire reflexivo vuelve a pasear sosegadamente de un lado a otro.

ESCENA VI

EPRONTAS y SONIA, que asoma por donde se fué el CRIADO. Viene elegantísima, ajustándose los guantes, con sombrero puesto, en traje de calle.

SONIA

Avanzando presurosa.

¡Qué milagro que a estas horas de actividad estés solo y te acuerdes de tu mujer! ¡Son las once de la mañana!

EPRONTAS

Acercándose a ella, y mirándola sorprendido.

¡Lo que no quita que estés ya vestida y lista para salir a la calle! ¡Ese e un milagro aun mayor!

SONIA

Pero ¿no sabes? Voy con la de Plen

bis a la Fiesta del lazo. Va también el príncipe.

EPRONTAS

No me acordaba ya de esa fiesta.

SONIA

Dando paseítos cortos delante de su marido.

Mírame, mírame. ¿Cómo me encuentras? ¡Me gusta mucho que me requiebres! ¿Te parezco bien?

EPRONTAS

Sí, mujer, sí.

SONIA

En cuanto sois maridos, ¡qué indiferentes!...

EPRONTAS

Vamos a dejar ese tema...

SONIA

He pedido el coche para dentro de media hora. Antes se lo envío a mamá y a Dilia, que vendrán aquí a buscarme. Nos coge más cerca.

EPRONTAS

¿Y no puedes dejar de ir?

SONIA

¡Dejar de ir! ¡Imposible! ¡Soy la presidenta!

EPRONTAS

Sí, sí, ya sé. La presidenta. ¿Cómo no?

SONIA

La fiesta es a beneficio del Asilo de San Hildebrando, para remediar a los

pobres viejecitos inválidos... ¡Dan una lástima!

EPRONTAS

Mucha, mucha lástima.

SONIA

Aunque te rías.

EPRONTAS

Quita allá, mujer. Cualquier día cometo yo esa irreverencia.

SONIA

Nosotras, sin alharacas, lo arreglamos odo mejor con la caridad. Vosotros odo lo componéis con leyes. Nosotras on la limosna, más eficaz y más generosa.

EPRONTAS

¡Sí que es triste que hayamos olvidado una fórmula tan a mano!

SONIA

¡Aunque te burles! ¡También trabajo yo, también! Entre juntas benéficas, congregaciones religiosas, ligas católicas de defensa social. Tu posición me obliga.

EPRONTAS

Debo prevenirte que mi posición ha cambiado mucho en pocas horas. Actualmente soy sólo un revolucionario, separado del régimen.

SONIA

Con brusco movimiento de sorpresa.

¿Qué?

EPRONTAS

Lo que oyes.

SONIA

¡Separado del régimen!... ¿Pero ha-
blas en serio?

EPRONTAS

Esta noche podrás leerlo, si quieres, comentado en toda la prensa.

SONIA

¡Qué locura! ¡Menudo escándalo! ¡Tú has perdido el juicio!

EPRONTAS

Es posible. Pero mientras lo recu-
pere...

SONIA

Yo te ayudaré a recuperarlo...

EPRONTAS

Lo dudo.

SONIA

Pues no lo dudes.

Acercándosele, coqueta, melosa, con mucho juego de ojos.

¡Fía en tu mujer, que te quiere de veras, tontuelo! Ildaria somos nosotras, que mantenemos su fe, su tradición gloriosa y sus buenas costumbres.

EPRONTAS

Sí, hija, sí. Dejemos también es[e] tema, si te parece.

SONIA

¡Un hombre de tu carrera!... ¡Y de tu gura!... Aprovecha, hombre, aprovea, y disfruta las ventajas de tu posiión, sorteando los inconvenientes, coo hace ese viejo zorro de Ceandas, or ejemplo, sin exponer tu cabeza a s pedreas de cuatro salvajes, y, sobre do, dedicando a tu mujer, por lo meos, la mitad de tu tiempo. ¡Estás tan partado ahora de mí! ¡Siempre trabando!

EPRONTAS

Me debo a otros asuntos.

SONIA

Sí, sí, ya sé. Al país; pero eso del país tá muy bien como frase para la gente fuera... pero para nosotros no. ¿Vas

a tomar en serio la cosa pública? ¡Por Dios, Eprontas!

EPRONTAS

Mira, Sonia, llegó el momento de hablar francamente. Tu hermosura me cegó. Nos hemos equivocado uniéndonos.

SONIA

Estupefacta

¿Eeeeeh...?

EPRONTAS

Que nos hemos equivocado uniéndonos. Al menos yo. Hay que salvar en l posible esa equivocación.

SONIA

¡Y me lo dices así, con esa tranqu lidad!

EPRONTAS

En los momentos más críticos de mi ida es cuando tengo más calma.

SONIA

¡Eprontas!

EPRONTAS

Suprime, suprime aspavientos. No onvienen a tu belleza, que es lo único ue te preocupa.

SONIA

Por decir algo, desconcertada por el asombro.

¡Lo único!

EPRONTAS

Lo único. Te educó tu madre a la lariense. Eras *la guapa*. La guapa, en

Ildaria, no es más que eso. Ni mujer, ni esposa, ni madre, ni nada, más que la guapa.

SONIA

¡Y se te ocurre soltarme todas esas groserías, esta mañana, de pronto, cuando voy a ti, amorosa!

EPRONTAS

Tus amores no pasan de una ligera excitación de los nervios. Por eso puedes abusar sin remordimiento de mi confianza.

SONIA

¿Vas a ofenderme ahora?

EPRONTAS

No es ofensa. Me eres fiel materialmente; eres casta por narcisismo. Pero la fidelidad no es sólo material.

SONIA

¿Eh?

EPRONTAS

Tú has comerciado a espaldas mías :on mi influencia política, convirtiendo a casa de tu marido en una agencia de :ontrataciones escandalosas y sucias.

SONIA

¡Ah, vamos! ¡Ya la soltaste! ¡Respiro! Te refieres a los destinillos y cruces? 3ah! ¿No es más que eso mi abuso de onfianza?

EPRONTAS

Cuestión de apreciación... pero, en n, es hora esta de resoluciones. Den-o de pocos días salgo de esta casa, en

la que te quedarás tú sola. Separación privada y pública completa.

SONIA

¡Muy bien! ¡Debía esperar esto! ¡No sé por qué me sorprendo! Desde que llegó Dilia...

EPRONTAS

Impaciente.

¿Qué tiene Dilia que ver?...

SONIA

Voy creyendo que mucho.

EPRONTAS

¡Sonia!

SONIA

No, no abras esos ojos de sorpresa. Mi hermana se ha interpuesto entre tú y yo.

EPRONTAS

¡Qué atrocidad!

SONIA

¡No te finjas el indignado ahora!

EPRONTAS

Sonia, estoy muy acostumbrado, en estos últimos tiempos, a recoger veneno, de ese apestoso que se almacena en Ildaria.

SONIA

Mirándole furiosa.

¡No es veneno! ¡Es verdad! ¡Has mudado el color! ¡Te tiemblan las manos! ¡Es verdad!

EPRONTAS

¡Nunca me rebajaré a una explicación

contigo sobre eso! ¡Por respeto a tu hermana siquiera!

SONIA

¡Respeto a esa casquivana, que intenta vivir contigo a mis espaldas una vulgar novela de adulterio!

EPRONTAS

Imperioso.

¡Basta! ¡Ni una palabra más! ¡Hemos terminado para siempre! ¡Para siempre!

Vase rápido por la derecha.

SONIA

Viéndole irse, atónita y restregándose los ojos.

¡Yo debo de estar soñando, indudablemente!

ESCENA VII

ONIA y LETICIA y DILIA por el fondo, vestidas de mañana con mucho esmero.

LETICIA

¡Hola, hija!

DILIA

Buenos días.

LETICIA

¿Y tu marido? Nos han dicho que estabas con él.

SONIA

Sí, estaba con él.

DILIA

Anda, Sonia! ¡No podéis deteneros! E tarde ya.

SONIA

¿Cómo *no podéis?* ¿Es que tú no va[s] también a la fiesta?

LETICIA

¡No, ya no va! ¡Es una veleta! Ahor[a] sale con que...

DILIA

He escrito a Delmas citándole aqu[í] para que hablemos esta mañana.

LETICIA

Pero ¿qué tienes, Sonia? Estás alter[a]da, impaciente.

DILIA

Sí; ¿qué te pasa?

SONIA

Acercándose a Dilia y cogiéndola por un brazo.

De lo que me pasa se te alcanza mucho quizás.

LETICIA

Mirando extrañada a Sonia.

¿Qué haces?

DILIA

Brusca, desprendiéndose de su hermana.

Pero, ¿qué te da? ¡Suéltame! ¡Vaya unos ademanes!

SONIA

Los que mereces.

LETICIA

¿Qué es eso, Sonia?

DILIA

¿Te has vuelto loca?

LETICIA

¿Qué sucede para...?

SONIA

Sucede que mi señor marido, esa lumbrera descomunal, acaba de discurrir que nos separemos en breve, pública y privadamente.

LETICIA

¡Qué barbaridad!

SONIA

Insolente, agresiva, a Dilia

A ti ya no te parece tanta barbaridad ¿verdad, Dilia?

DILIA

Irguiéndose altiva, aceptando la pelea que le brinda Sonia.

¡Claro que no! Si tu marido ha pen-
ado separarse de ti, será por algo.

LETICIA

¡Vaya una salida! ¿Por qué va a ser?

DILIA

¡Yo qué sé! Él sabrá.

SONIA

Tú, que eres su confidenta y su ami-
a, podrás saber mejor que yo...

DILIA

Sin ser su amiga, ni su confidenta,

podía preverse entre vosotros un final desagradable.

LETICIA

Pues, hija, es prever, porque yo...

SONIA

Cuando en los matrimonios intervienen las cuñadas, vienen siempre esos finales desagradables.

LETICIA

Yendo hacia ella.

Pero, mujer, Sonia...

DILIA

Estoy resuelta a conservar mi calma Sonia, aunque no sea más que por n(ponerme a tu nivel.

SONIA

Furiosa, yendo otra vez hacia DILIA.

¿Qué es eso de mi nivel?

LETICIA

Interponiéndose entre ambas.

¡Basta! ¡Se acabó esto!

DILIA

Te advierto, Sonia...

LETICIA

¡Silencio!

SONIA

Es que...

LETICIA

¡Que os calléis, digo!

ESCENA VIII

Las mismas y CLINIAS, que aparece por la puerta central, más muerto que vivo, con una agitación extrema en toda su persona.

CLINIAS

Dirigiéndose a SONIA.

¡Señora!... ¡Sonia! ¡Por fin! Creí que se había usted ido. ¡Me he llevado un susto!... Si llega usted a salir me divierto.

SONIA

Pero ¿qué... qué hay?

CLINIAS

Pues hay que Eprontas me ha llamado para que le presente cuentas totales dentro de unas horas, y que, entre varios picos considerables, me falta todo el

roducto metálico de la tómbola bené-
ca a favor de los niños escrofulosos
ilados, que yo, por orden de usted,
mé en calidad de préstamo...

SONIA

Diga usted que...

CLINIAS

¡Toma! Lo que yo diga es lo de me-
s. Lo que él haga será lo grave.

SONIA

¿Cómo lo que él haga?

CLINIAS

Sospecha y sabrá muy pronto de
os negocios de mayor cuantía. Dice
e no retrocede ante ningún escánda-
y que se le da un bledo que se com-

prometa usted y todas las familias habi-
das y por haber. Se siente un Catón
¿Quién había de decirlo? ¡En Ildaria!

LETICIA

¡Ese hombre se ha vuelto loco! ¡Ha-
brá que recluirlo!

Únese a CLINIAS y SONIA. D
LIA va a la mesa del despach
en la que se apoya, observan
do la escena.

SONIA

Será capaz de exponer su hogar, ¡s
hogar!

CLINIAS

¡Y tan capaz! Dice que él no tie
más hogar que su conciencia, su deb
y su voluntad.

SONIA

Hay que devolver en seguida ese

ero... y tapar los otros negocios. No
ltará quien nos ayude. El mismo Cean-
as.

CLINIAS

¡Evidente! Sólo que son muchos los
neros que precisa devolver, y aun
ueda una babel de cosas por tapar. Me
pedido también copia de la corres-
ndencia privada, y se ha incautado
todas las llaves.

SONIA

¡Venga usted conmigo! ¡No es este el
io de seguir hablando de esto!

CLINIAS

Es que...

SONIA

Calle usted y obedezca! ¡Si él quiere

escándalo, él perderá más que yo! Ve tú también conmigo, mamá. Me ayuda rás a recoger y guardar mejor todo mis papeles. Sería capaz de registra mis armarios.

LETICIA

¡Sí, hija, sí! Y de paso habrá qu mandar una disculpa a la Fiesta del laz excusándonos. ¡Hemos dado una car panada!

Volviéndose hacia DILIA.

¿Quieres encargarte tú, Dilia?

SONIA

¡Que no se encargue de nada! ¡Di es como una intrusa entre nosotras! ¡V mos! Tengo que salir. Me acompañ usted en el coche, Clinias. ¡Vamos!

Se va por la puerta izqu da, pasando junto a su her na sin mirarla.

LETICIA

Siguiéndola.

Sí, vamos, vamos. ¡Qué día, Señor, ıé día!

CLINIAS

Siguiendo, a su vez, a Leticia, interrumpe su andar un instante, mirando a Dilia.

Verá usted, señorita, como el que sa- peor librado es Clinias. ¡Es mi sino marmolillo! ¡En vez de flotar, me ndo!

Se va por donde Sonia y Leticia.

DILIA

Sola, viéndole irse.

¡Non ragioniam di lor, ma guarda e ssa...!

ESCENA IX

DILIA y CRIADO, que asoma entreabriendo la pue[r]ta central.

CRIADO

¿Se puede?

DILIA

Adelante.

CRIADO

He buscado a la señorita Dilia p[or] toda la casa. Me han dicho que estab[a] aquí las señoras.

DILIA

Sí, aquí estaban.

CRIADO

El señor Delmas pregunta por la

ıorita. Le he dicho que iban a salir las eñoras. Dice que es a la señorita sola la que desea ver; que le ha citado quí la señorita.

DILIA

¿Dónde está el señor?

CRIADO

En el despacho de los pasantes. Se a encerrado, dando orden de que no llamen, salvo asunto urgente.

DILIA

Pase usted aquí al señor Delmas, y, enga quien venga, no estoy para nade más.

CRIADO

Muy bien, señorita.

Vase.

DILIA

Otra vez sola, queda como abstraída unos segundos. Luego, con un sacudimiento brusco, como dominando algo muy fuerte en sí misma.

Sí, sí... ¡Cuanto antes, mejor! ¡No hay más remedio! ¡Cuanto antes, mejor!

CRIADO

Otra vez por el fondo.

El señor Delmas.

Retírase el CRIADO, y asom[illegible] DELMAS en traje sencillo y ma[illegible]ñanero, con un sombrerill[illegible] flexible en la mano.

ESCENA X

DILIA y DELMAS. Al final, CRIADO

DELMAS

Sin pasar de la puerta.

Dilia...

DILIA

Delmas...

DELMAS

¿Me ha llamado usted?

DILIA

Le he llamado yo. Entre usted.

DELMAS

Adelantando.

Presente.

DILIA

El asunto que vamos a tratar es grave, decisivo.

DELMAS

Esperaba hace tiempo estos momentos.

DILIA

Yo los temía, y los temo, y... y... y...

Titubeando.

DELMAS

Conmigo debe usted emplear pocos rodeos para entenderse.

DILIA

Es que sentiría mucho dar un paso en falso. Un paso ridículo.

DELMAS

Es difícil que una mujer como usted dé pasos en falso con un hombre como yo.

DILIA

Puede ocurrir. No está de más precaverse.

DELMAS

Tratándose de mí, en este caso, sí; porque hay un mundo moral íntimo, de alma a alma, que vive y se agranda sin hablar de él, y hasta huyendo de él. Y un día, en un momento, entre ciertos seres, ese íntimo vivir se impone.

DILIA

Emocionada, temblorosa, pasándose la mano por la frente.

Sí, se impone... ¡Y cómo se impone!

DELMAS

Usted, tan serena siempre, está usted como agitada.

DILIA

Sí; lo estoy, lo estoy. Ayúdeme us-

ted, Delmas, a expresarme, a sujetar este alma mía inquieta, que me asusta ahora a mí misma. ¡Me creí más fuerte!

DELMAS

Acercándosele solícito.

¿Quién, por fuerte que sea, no encuentra algo más fuerte que él?

DILIA

Sí, Delmas, algo más fuerte que una misma.

DELMAS

Si fuera uno siempre el más fuerte, ¿qué valdría la lucha por realizar nuestra voluntad?

DILIA

Es que me asusta ser vencida en mi voluntad, y, con el vencimiento, estro-

pear mi vida y la de otro. ¡Sería horrible... horrible!

Cae angustiada en un sillón.

DELMAS

¡Dilia!

DILIA

Ayúdeme usted, Delmas, ayúdeme usted.

DELMAS

Por de contado.

DILIA

No tengo aquí a mi padre. Con mi madre no hay que contar... No tengo aquí a nadie más que... que...

DELMAS

Apoyando los brazos en el sillón donde se dejó caer DILIA.

Más que a mí.

DILIA

Sí; más que a usted, amigo de un día.

DELMAS

De tres meses. En mucho menos tiempo nos hemos conocido usted, yo y Eprontas.

DILIA

Levantándose brusca.

¡Eprontas!

DELMAS

Un juego de los tres, que ha ideado el diablo, siempre en acecho; pero lo venceremos.

DILIA

¡Delmas!

DELMAS

Ya ve usted, yo nací como todos,

desnudo, y además sin casa. En treinta y cinco años he pasado del arroyo a ser Delmas. Calcule usted qué voluntad se necesita. Pues, ahora, toda mi voluntad está puesta en usted, la mujer de mi vida... Me di cuenta desde que la vi a usted. Usted y no otra, mientras yo sea Delmas. Para lograrlo, estoy dispuesto a pasar por todo, incluso por encima de mí mismo. La quiero a usted como yo quiero las cosas: a vida o a muerte. Ya lo sabe usted.

DILIA

Porque lo sé le he llamado. Sálveme, ayúdeme.

DELMAS

Sí. Delmas pondrá sus hombros fuertes entre usted y él, para contener el derrumbamiento.

DILIA

Usted sabe, usted ha visto...

DELMAS

Todos lo han visto. Dos cuñados enamorados.

DILIA

¡Calle usted!

DELMAS

¿Por qué, si es? Pero los demás han visto mal, porque han supuesto lo que no hay.

DILIA

Vehemente.

¡Lo que no habrá nunca!

DELMAS

Para que no lo haya, me ha llamado usted.

DILIA

Cierto. Él...

DELMAS

Él también lucha, ruge y pelea consi-
o mismo. Es todo un hombre, digno
e usted, y digno rival mío. Por eso me
alaga tanto tenerlo enfrente y ven-
erlo.

DILIA

Pero ¿usted podrá... podremos ven-
rlo?

DELMAS

¡Lo estamos venciendo ya!

DILIA

¿Usted cree...?

DELMAS

¡El venir usted a mí, el ir yo a usted, es vencerlo!

DILIA

Mire usted, Delmas, merece usted toda mi sinceridad... Inútil con usted el menor disimulo.

DELMAS

Usted me conoce.

DILIA

Desbordándose en su se tir.

Por eso debo decirle a usted qu Eprontas, ese hombre terco, noble, fo jado en héroe, templado en fortale con el que no he cruzado una sola p

abra que no sea honrada, transparente, impia...

DELMAS

Lo sé, lo veo...

DILIA

Ese hombre, cuyo destino no es el ıío, no debe ser el mío; ese hombre, o nacido para mí; ese hombre, con ran vergüenza, con gran dolor mío, stá en mí, gobernando mi vida, mandando en mi sentir, sangrando en mis ıtrañas, ocupando entero mi corazón; i corazón, que yo creí valiente y ıro... ¡y es blando niño para él!

DELMAS

Como el mío lo es para usted.

DILIA

Y usted, Delmas, usted, queriendo yo a otro, contra mí misma, pero queriéndolo, ¿usted persiste, persiste usted en...?

DELMAS

Persisto, sí; persisto, porque mi sinc es vencer las circunstancias. O me es trello la cabeza contra la pared, o y consigo, en poco tiempo, mudar e alma de usted y ser para usted toda s vida.

DILIA

Usted confía...

DELMAS

Yo sé que una gran voluntad trae amor. Ha hecho usted muy bien en r

currir a mí contra él. Soy el único digno de él.

DILIA

Alargándole la diestra.

Esta es mi mano, Delmas.

DELMAS

Tomándole la mano y besándola ligeramente, en un temblor.

Contaba con ella, como cuento conmigo mismo.

DILIA

Retirando la mano y en una agitación brusca.

Y si nos equivocamos, Delmas, si nos equivocamos...

DELMAS

En un tono penetrante, frío y duro.

Yo no me equivoco... pero si usted

se equivocase, estoy seguro de que tendría usted el valor de su equivocación.

DILIA

Sí. Lo tendría.

Quédanse ambos callados, mirándose.

CRIADO

Asomando por el fondo.

El señor Sardes.

DILIA

Volviéndose pronta

Que aguarde. No avise usted al seño: hasta que yo llame.

CRIADO

Está bien.

Vase. Pausa. DILIA *y* DE-MAS *siguen observándose, c llados.*

DILIA

Pasándose ambas manos por el rostro, encendido, y rompiendo el silencio.

Tomada una resolución, aceptémosla del todo.

DELMAS

Y emprendamos valientes el camino, derechos a nuestro objeto.

DILIA

Mañana salgo en el expreso para alcanzar el *steamer* de la línea inglesa. Hablo con mi padre, y nos casamos por poderes. ¿Le parece a usted?

DELMAS

No deseaba más, ni mejor.

DILIA

Usted irá a buscarme.

DELMAS

En cuanto usted me avise. Regresaremos pronto a Europa. El centro de mis negocios está hoy en París. Tardaremos en volver a Ildaria, lo preciso para que yo consiga ser, en el alma de usted, algo más poderoso que todas las tentaciones humanas.

DILIA

Lo deseo, y lo espero.

DELMAS

Adiós. Esta noche hablaré con su madre de usted.

DILIA

Yo la veré ahora mismo.

DELMAS

Hasta la noche.

Estréchanse las manos bruscamente, y vase DELMAS, *rápido, resuelto, sin volver la cabeza.*

ESCENA XI

DILIA, sola. Después, CRIADO

DILIA

Mirando a todos lados, después de breve reflexión muda.

No volveré a ver más todo esto.

Pónese a pasear, nerviosa.

¡Huir, huir! ¡Precisa huir, cerrando los ojos! Sí, sí. Urge huir... ¡huir!

Dirígese, pronta, al timbre de pared, y llama.

CRIADO

Por el fondo.

¿Ha llamado la señorita?

DILIA

Que pase el señor Sardes. Puede usted avisar al señor.

CRIADO

Sí, señorita.

Vase.

DILIA

Yéndose por la izquierda.

Cerrando los ojos, cerrando los ojos. ¡Por triste que sea, hay que cerrrar los ojos!

SARDES entra por el fondo Al ver irse a DILIA se dirige á ella.

ESCENA XII

SARDES y DILIA

SARDES

Dilia...

DILIA

Deteniendo sus pasos.

Hola, Sardes. Pase usted, pase usted. Ahora mismo vendrá Eprontas. Le han pasado recado.

SARDES

Yo creí que estaba aquí, en su despacho.

DILIA

No, señor; no estaba. Con el permiso de usted.

Ademán de continuar su camino.

SARDES

No faltaba más. Aunque siempre es una tristeza verla irse a usted, apenas encontrada.

DILIA

Siempre tan amable. La galantería del país.

SARDES

No es galantería. Es usted demasiado seductora, para separarse de usted sin pesadumbre.

DILIA

Si fuese usted mujer, vería lo que aburre, a la larga, esa monotonía del requiebro perpetuo. Beso a usted la mano.

Vase, presurosa.

SARDES

A los pies de usted.

ESCENA XIII

SARDES y EPRONTAS, que entra por la derecha.

EPRONTAS

¿Qué hay, Sardes? Le esperaba a usted más tarde.

SARDES

He anticipado la visita forzosamente.

Estréchanse la mano.

EPRONTAS

¿Con quién hablaba usted?

SARDES

Con su cuñada de usted. Se acaba de r. Creí que estaba con usted aquí.

EPRONTAS

No; no estaba con ella; ni sabía que ella estuviese en mi despacho.

SARDES

Sacando la petaca.

¿Un pitillo?

EPRONTAS

Tomándolo.

Gracias.

Lo enciende y da fuego a Sardes. Ambos fuman.

SARDES

Echando humo.

La verdad, que esa divina cuñada de usted es una maravilla de mujer. Viéndola, se comprende todo.

EPRONTAS

Mirando fijamente a Sardes.

Se comprende ¿qué?

SARDES

Sosteniendo la mirada.

¡Todo!

EPRONTAS

¿Qué es todo?

SARDES

Chupando el pitillo y echando más humo.

Hombre... ¡todo! ¡La mayor locura! ¡Dilia atrae como un abismo!

EPRONTAS

Hace mucho tiempo, Sardes, que me di cuenta de esos atractivos. No será para comunicarme esas novedades que ha anticipado usted su visita.

SARDES

Claro que no.

EPRONTAS

Sentándose en un sillón, cerca de la mesa.

Le escucho a usted.

SARDES

Sentándose en otro sillón vecino al de EPRONTAS.

Acaba de estar en casa su mujer de usted para consultarme como abogado. Le recomendé un compañero eminente. Yo no puedo aconsejarla contra usted.

EPRONTAS

¡Ah!, le ha dicho a usted mi mujer...

SARDES

Me ha contado la escena que han tenido ustedes hace poco, y la causa.

EPRONTAS

¡Ah!... ¿Le ha contado a usted...?

SARDES

Todo; y creo que dar un escándalo, ezclando a Sonia en un asunto que con inero puede solventarse...

EPRONTAS

Yo voy al escándalo como un acto emplar, nada más. Usted sabe con ıé placer se nivela aquí a los hombres bajeza.

SARDES

De todos modos, las debilidades inconscientes de su mujer, no públicas, dían ocultarse.

EPRONTAS

Yo no quiero ligar mi libertad de acción a ningún lazo familiar, por íntimo y fuerte que sea. Sólo consiento sobre mi voluntad al destino, porque ése es indomable.

SARDES

El escándalo, tan desusado aquí, donde todo se tapa, será mayúsculo.

EPRONTAS

Un escándalo es la luz para mí. Voy a la revolución moral de Ildaria, empezando por hacerla en mi propia vida.

SARDES

Pero en el orden doméstico...

EPRONTAS

El orden doméstico, familia, amigos
ntimos, una mujer, un halago sensual,
an sido aquí más fuertes que todos los
deales políticos, bastante rebajados ya
l nacer.

SARDES

Eprontas, una amistad íntima me da
erecho a hablar a usted claro.

EPRONTAS

Hable usted.

SARDES

Usted va pronto a incurrir en el de-
cto de que abomina.

EPRONTAS

¿Yo?

SARDES

Usted. Porque no es lo mismo pres-cindir de la mujer propia, para recabar su libertad de acción, que sustituir a esa mujer por otra.

EPRONTAS

Levantándose nervioso.

Usted, Sardes, mi mejor amigo, no me conoce aún. Yo soy un hombre y un carácter.

SARDES

Levantándose también.

Por eso. El amor y la mujer son ten-taciones de hombre y de héroe. Le he dicho a usted antes que, viendo a Dilia se comprende todo. Yo, al menos.

EPRONTAS

Comprende usted sólo a medias, po

que yo estoy por encima de mis pasiones. Mi única moral es mandar en mí mismo.

SARDES

Moral de héroe. Pero ¿podrá usted?

EPRONTAS

Si la vida no me sirve para hacer de ella lo que quiero, no me sirve de nada.

SARDES

¿No será empequeñecer la vida trazarla de antemano?

EPRONTAS

No tengo tiempo de filosofar. Esta es hora de hechos.

SARDES

Pero usted sabe...

EPRONTAS

Yo sólo sé que esa Dilia... ¿a qué negárselo a usted?, es un infinito anhelo contenido de toda mi vida, de toda mi sangre, y no puede tomarse a medias. O se da uno por entero a ella, o se la aparta, siguiendo el camino y la lucha. He optado por esto.

SARDES

Con el alma herida, es difícil luchar.

EPRONTAS

Con el alma herida, seguiré ardiendo ante las cosas, y me daré todo yo a una acción tenaz, persistente.

SARDES

Pero usted solo...

EPRONTAS

No estaré solo. Entre esa aplastante ;arrulería política, literaria y de pensaniento que nos ahoga, yo sé dónde lienta lo vivo, que es mucho, de este ran cuerpo sin cabeza que se llama Il.aria.

SARDES

Usted, Eprontas...

EPRONTAS

Yo sabré extender, exaltar esa vida, buscar sin desmayo apoyos eficaces ara imponerla, en un magnífico renaimiento de gran pueblo, a toda esa tra Ildaria inerte, pasiva, sin prestigio.

SARDES

¿Podremos unos pocos...?

EPRONTAS

No somos pocos.

SARDES

Pero somos los menos ante los más... Ellos, toda la Ildaria oficial que actúa, son la tradición, lo grande...

EPRONTAS

Pero son lo muerto ante lo vivo.

SARDES

¡Es poco lo vivo!

EPRONTAS

La fuerza está donde está, sin servi-

dumbre al tamaño. Lo pequeño es, a veces, lo grande. Así como una sola chispa puede incendiar una Babilonia, ha podido un hombre singular transformar, en ciertas épocas, un mundo.

De la calle sube un rumor de multitud que se acerca y las notas de una musiquilla que entona el himno nacional de Ildaria.

SARDES

¿Qué es eso?

EPRONTAS

Debe de ser una de las cuestaciones públicas de la Fiesta del lazo.

SARDES

Sí; es verdad. No me acordaba de esa fiesta.

EPRONTAS

Vamos a ver.

Seguido de SARDES, se dirige al balcón, que abre, asomándose un instante. SARDES le imita.

SARDES

Apartándose del balcón.

Sí. Es la Fiesta del lazo.

EPRONTAS

Cerrando el balcón y volviendo al centro de la escena

¿Ve usted? ¡Una mojiganga más en las calles! ¡La limosna pública y estéril, que no acabará con lo que se quiere socorrer!

SARDES

¡Y qué tristemente suena ese himno de Ildaria!

EPRONTAS

Para nosotros siniestramente, porque va asociado al fracaso de todo un pueblo.

SARDES

¡Cómo desafinan! ¡Hace daño oírlos!

EPRONTAS

Nada más triste que esas épicas marchas triunfales, cuando pasan al baratillo moral de las grandes emociones destripadas.

SARDES

Sí... En efecto.

Pausa. Piérdense a lo lejos los rumores de voces y música.

SARDES

Mirando su reloj.

Es ya tarde para mí, Eprontas. Me voy. No tardaremos en volver a vernos. Que sea usted tan fuerte como cree, y que Dios nos ayude.

EPRONTAS

Ayudémonos antes nosotros, para merecer ese socorro divino. Pasó ya la hora de las quejas y de la crítica. Toda nuestra última labor es crítica. Llegó la hora de la acción.

SARDES

¿Y si perecemos en el empeño?

EPRONTAS

Quedará nuestro ejemplo.

SARDES

Así sea. Adiós. Y conserve usted siempre ese admirable temple. Adiós.

Vase, rápido, por la puerta central, hasta la que le acompaña EPRONTAS. Danse ambas manos. Desaparece SARDES, y EPRONTAS se dirige, lentamente, a su mesa de trabajo.

ESCENA XIV

EPRONTAS, solo. Después, DILIA.

EPRONTAS

Mientras se dirige a su escritorio.

¡Ese Sardes desmayará! Un amigo fiel más que perderé en cuanto se encone la lucha. ¡No importa! ¡Llegar al fin, lle-

gar al fin, aun cuando lo dejemos todo hecho jirones en el camino!

Siéntase ante su mesa, y queda unos momentos ensimismado. Luego, pónese a hojear papeles.

DILIA

Asomando pór la puerta izquierda, frente a EPRONTAS.

¿Se puede?

EPRONTAS

Alzando vivamente la cabeza de sus papeles.

¿Eres tú... Dilia?

DILIA

¿Estorbo?

EPRONTAS

En lo más mínimo.

DILIA

Adelantando.

Vengo a despedirme.

Acércase a la mesa, en cuyo borde apoya ambas manos, permaneciendo de pie, inclinada hacia adelante, enfrente de su cuñado.

EPRONTAS

¿Cómo a despedirte?

DILIA

Mañana salgo en el *express*.

EPRONTAS

¿Te vas ya de Ildaria?

DILIA

Voy a unirme con mi padre. Además, me caso.

EPRONTAS

Levantándose brusco.

¿Qué?

DILIA

Apartándose de la mesa.

Que me caso.

EPRONTAS

Agitándose, un poco alterado, entre la mesa y el sillón; apartándose de ambos muebles, y aproximándose a Dilia, dominando sus nervios.

No creí que tuvieses novio.

DILIA

No lo tenía. Lo he escogido hace una media hora.

EPRONTAS

¿Hablas en serio?

DILIA

Absolutamente en serio.

EPRONTAS

Con una emoción mal disimulada en la voz.

Y ¿quién... quién es?

DILIA

Delmas.

EPRONTAS

¡Ah!...

DILIA

¿Por qué ese ah?

EPRONTAS

Delmas es un sujeto muy interesante. De lo mejor de Ildaria.

DILIA

Sí, en efecto.

EPRONTAS

¿Te has enamorado súbitamente, como en ciertas novelas?

DILIA

No me he enamorado, pero me llegaré a interesar... Delmas es... un carácter.

EPRONTAS

Sí... un carácter.

Silencio corto. Contémplanse ambos.

DILIA

¿Qué te parece lo que he resuelto?

EPRONTAS

No tengo opinión en ese asunto... Pero qué pálida estás, Dilia. ¿Te sientes mal?

DILIA

No, no.

EPRONTAS

Ni bien tampoco.

DILIA

¿Quieres algo para Nueva York, para mi padre?

EPRONTAS

Nada, no. Gracias. ¿Nos veremos luego?

DILIA

No.

EPRONTAS

¿No?

DILIA

¡No! Rotundamente no. Tengo mucho que hacer hoy.

EPRONTAS

¿Tan atareada estás?

DILIA

Muy atareada. Acabo de hablar con mamá. ¡Hay que oírla! Está hecha una furia. Dice que concierto una boda como una partida de campo. Que estoy más loca que mi padre... Que Delmas es un hombre bruto y extravagante. Tan extravagante como papá, según ella... Es injusto exigir a mamá que comprenda lo que no está a su alcance.

EPRONTAS

Sí, injusto...

DILIA

Esta noche, después de comer, estaré en casa con mamá y con Delmas, que vendrá a visitarnos un rato. Cuando se vaya, haré mi equipaje. Mañana, a primera hora, tomo el tren yo sola, como vine. Te agradeceré mucho que no vayas a la estación. Esta es la última vez que nos vemos.

EPRONTAS

¿La última vez?...

DILIA

Sí. La última vez.

EPRONTAS

Está bien.

DILIA

Delmas se queda aquí, en Ildaria, cierto tiempo. Vendrá a verte. Nos casamos por poderes.

EPRONTAS

¿Cuándo?

DILIA

Cuanto antes.

EPRONTAS

¿Pero esa decisión tan arrebatada...?

DILIA

Se imponía. Tú no eres mi madre

para sorprenderte. No hablemos más de ello.

Vuelven a contemplarse ambos con pesadumbre.

EPRONTAS

Cortando el breve callar doloroso.

Me apena esta... esta despedida.

DILIA

¡Y a mí!

EPRONTAS

Tú la precipitas.

DILIA

Es lo mejor, ya que debía llegar forzosamente un día... Creo que no debemos seguir hablando más... Tú también estás muy pálido, y te tiemblan los labios horriblemente.

EPRONTAS

Como a ti.

DILIA

Sin decirnos nada, nos lo hemos dicho ya todo, ¿verdad?

EPRONTAS

Sí, ¡verdad!

DILIA

Sin discusión, cumpliremos cada uno con nuestro deber. No nos escribiremos, no sabremos uno del otro directamente.

EPRONTAS

¿Tan preciso es que...?

DILIA

Sí, ¡tan preciso! Después de todo,

simples mortales tú y yo, es preferible quedarnos con un ideal por realizar, a realizarlo en prosa.

EPRONTAS

Es muy pobre consuelo esa filosofía, Dilia.

DILIA

Pues no hay más remedio que aceptarla. Los grandes amores manifiestos, acaban en muerte. La naturaleza, que es muy celosa, no los consiente sueltos y triunfantes mucho tiempo. De no estar dispuestos a morir, teniendo mucho que hacer en el mundo, es mejor separarse. La vida es así... ¡Para nosotros al menos! ¡Adiós!

Tendiéndole la mano.

EPRONTAS

¡Adiós!

Tomándole la mano, con aire vacilante, sin estrecharla.

Hasta... hasta...

DILIA

Hasta que seamos viejos... si llegamos.

Retirando la mano.

Este es el momento de acabar de despedirnos, para que no nos avergüence la debilidad de nuestros ojos que lloran. ¡Adiós, Eprontas! ¡Adiós!

Vase corriendo por el fondo.

EPRONTAS

Inmóvil, como clavado en el suelo, viéndola alejarse... irse.

¡Adiós, Dilia! ¡Adiós!

Queda solo, anda unos pa-

sos, se tambalea, restriégase los ojos, y se dirige, rápido, hacia la puerta por donde se fué DILIA.

No... ¡Quizás me equivoque! ¡Aun es tiempo! Bastaría sólo entreabrir esa puerta... Llamarla... ¡Y sería mía! ¡Mía contra todo! ¡Yo soy más fuerte que ella!

Vacila en un estremecimiento.

Un paso... Empujar la puerta... Llamarla... ¡Y mía! ¡Mía! ¡Sólo pensarlo, y parece que va a estallar mi alma!

Brusco, dominándose con un dolor infinito.

No. No. ¡Mı libertad, mi libertad! ¡Qué vergüenza ser vencido!

Llevándose, convulso, ambas manos al pecho.

¡Calla, corazón! ¡Muere!

Va hacia su mesa, cae, más que se sienta, en un sillón; abate la cabeza entre las manos, y se doblega en un sollozo profundo. Después, en un rehilo de toda su persona.

Sí, sí. ¡Cuesta mucho más ser hombre, que ser santo!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Trasuntos.—Con una carta-prólogo de Juan Maragall. Librería de Antonio López.—Barcelona.

Las Bodas de Camacho.—Comedia lírica en un acto, sacada del *Quijote*, en colaboración con Adrián Gual.—Música del maestro Ferrán, estrenada en el teatro Tívoli de Barcelona.

El Tercer demonio.—Esbozo de comedia en un acto, estrenada en Madrid en el teatro Lara.

Don Juan de Carillana.—Comedia en dos actos y tres cuadros, estrenada en Madrid en el teatro Infanta Isabel.

Entre llamas.—Tragedia en tres actos y un epílogo, estrenada en el teatro Principal de San Sebastián, por la compañía de don Francisco Morano.

El Conde Alarcos.—Tragedia romancesca en tres actos.

TERMINADAS

Conseja galante.—Cuento ingenioso en tres actos.

El Mismo daño.—Drama en tres actos.

Noche de fiesta.—Drama en un acto.

Los Millones de Nené.—Paso de comedia en un acto.

Totó.—Comedia en tres actos.

La Redención de Judas.

Horas de vida.

El Cuento de Barba Azul.—Comedia lírica en tres actos y un prólogo a telón corrido. Música del maestro Vicente Arregui.

ESTE LIBRO

ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN

MADRID

EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

CALLE DEL CARDENAL CISNEROS, 10

EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE

DE MCMXVII

